ANTONIA Y RAMÓN
Esta vida nuestra

eLV
El libro de su vida

ANTONIA Y RAMÓN
ESTA VIDA NUESTRA

ANTONIA Y RAMÓN
ESTA VIDA NUESTRA

Memorias recopiladas por Luis Mínguez Santos

EL LIBRO DE SU VIDA

Madrid 2013

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio ya sea digital, fotocopia o cualquier otro medio de reproducción o difusión sin la autorización por escrito del autor.

© Ediciones EL LIBRO DE SU VIDA
Responsable editorial: Luis Mínguez Santos
Calle Islas Cíes, 47, 5º L Madrid
Tel. 91 738 91 33
www.librodesuvida.com

Diseño de cubierta: RGB Maquetación
Impreso en España
Imprenta Fareso S.A.
Paseo de la Dirección, 5
2013. Madrid (España)

A nuestros hijos

RAMÓN

De todas las fechas del año, tuve que nacer el día de los Difuntos, un dos de noviembre del año 1929. De haber ocurrido el natalicio en cualquier otra jornada cabe pensar que hoy llevaría el nombre del santo que correspondiera, como era costumbre en la época, pero la fúnebre circunstancia, que en modo alguno me ha marcado, quiso que quedara a la libre elección de mis padres. En mi fe de bautismo figuro como Ramón de la Santísima Trinidad López Pérez, aunque para todos he quedado como Ramón a secas, sin duda mucho más manejable. Como, no obstante, no quedaba muy presentable eso de haber nacido en Difuntos, mi padre tuvo a bien inscribirme en el registro con la fecha del día siguiente.

La entonces pujante Sevilla fue mi ciudad de desembarco. Una Sevilla donde curiosamente se encontraban aquel día su majestad el rey don Alfonso XIII y su esposa la reina doña Victoria Eugenia, según atestiguan las hemerotecas. Las crónicas locales hablan de su visita a diversas instituciones y de la inauguración de una sede de la obra benéfica *La Gota de Leche*, aunque el motivo último de su visita tenía que ver con el gran acontecimiento que esas semanas vivía mi ciudad: la magna Exposición Ibero-Americana, que nos había puesto en el escaparate de toda la nación y aun de las naciones hermanas del otro lado del Atlántico. La entrada sencilla a la muestra costaba una peseta.

En otro orden de cosas, el Rey tenía motivos para estar preocupado: la dictadura del general don Miguel Primo de Rivera –"dictablanda" la han definido después los historiadores–, que gober-

naba el país desde seis años antes, daba sus últimos coletazos, empantanada por los conflictos y el empuje de los partidos de la oposición. Al pobre don Miguel le quedaban de hecho sólo unas semanas para presentar su dimisión.

A punto de consumarse el cambio de década, muy atrás quedaba ya esa época de supuesto desenfreno y jovialidad que ha quedado acuñada como "los locos años veinte". Y es que por si no fuera suficiente el mal fario de nacer en el día de los Difuntos, mi natalicio acontecía tan sólo nueve días después de producirse el famoso "martes negro" en la bolsa de Wall Street, el histórico desplome bursátil que marcaría los años sucesivos y acarrearía tantas calamidades y tanta pobreza en todo el planeta. Que conste que yo no tuve ninguna culpa.

Entre los fastos locales de la gran Exposición Ibero-Americana y los oscuros y más perdurables nubarrones del "crack" de la bolsa de Nueva York, la cigüeña me depositaba en una casa del emblemático barrio sevillano de la Macarena, habitada por una familia que ya contaba con dos retoños: Manolo, el mayor, quien tenía para entonces ocho años, y Marina, quien me llevaba tres. Mis padres, Ramón y Manuela, habían tenido otras dos niñas que apenas llegaron a alcanzar el año de vida. A una de ellas se la llevó el sarampión. La otra fallecería de una muerte súbita mientras mi desesperada madre trataba de obtener ayuda médica.

A mis padres no les iba del todo mal en lo económico. Sus respectivas familias habían contado con recursos para vivir dignamente y aún más en sus poblaciones de origen.

Mi padre tenía ocho hermanos y procedía de Belmez, un pueblo de Córdoba. Le tocó hacer la mili en Sevilla, y al regresar de la guerra de África, tiempo más tarde y sano y salvo, supongo que optó por quedarse en la capital de Andalucía.

Mi madre, que era un par de años mayor que él y me tuvo ya con cuarenta, venía de Umbrete, localidad sevillana donde los padres tenían tierras. Llegó a Sevilla junto a sus dos hermanos, después de que otro muriera luchando contra los insurgentes moros, y se empleó como cocinera en la casa de unos señores. Era una mujer coqueta y le gustaba vestir bien. En su día de permiso lucía unas galas tan apañadas que el ama llegó a recriminarla. Debió de pensar que no era de recibo que la sirvienta se dejara ver en la calle más arreglada que su propia patrona. Hembra de carácter, mi madre pidió el finiquito. Antes muerta que sencilla.

No puedo aportar muchos detalles de su noviazgo, pero supongo que se conocerían durante los habituales cortejos entre jóvenes allá por los jardines de Murillo hispalenses. Sí se me han quedado unos versos que mi padre le escribió durante su servicio de armas allá por Melilla:

"No me matan los moros
por la sencilla razón,
de que saben,
que es tuyo mi corazón"

No tuve mucho tiempo para conocer como hubiera querido a mi padre, un señor enjuto, con bigote negro, bastante parecido a como sería yo de adulto, e ignorante el pobre del poco tiempo que le quedaba ya sobre la tierra. Le recuerdo con su chaqueta de paño azul de electricista, que ese era su oficio. Había sido jefe de mantenimiento en el "ABC" de Sevilla, y su propietario, Luca de Tena, le tenía en alta estima. Se prestaba a hacer chapuzas de su especialidad a quien se lo pidiera, y no despreciaba alguna copa con los amigos, aunque sólo recuerdo haberle visto borracho en una ocasión.

Leía el periódico a diario –probablemente lo recogiera en "ABC"–, y escuchaba las emisiones con una pequeña radio de galena. Políticamente no era ningún exaltado, pero militaba en Iz-

quierda Republicana, el partido de izquierda moderada que más tarde pilotaría don Manuel Azaña.

Sólo puedo recordar cosas buenas de él, y creo no faltar a la verdad si digo que yo era su hijo preferido. Ser el más pequeño supongo que me facilitaba las cosas.

Esta deferencia se veía contrapesada por mi madre, que se inclinaba más que abiertamente por mis hermanos Manuel y Marina. El hijo mayor era para ella su modelo de conducta, y nunca he podido olvidar la ocasión en que me dijo "el mayor disgusto me lo diste cuando naciste". Supongo que tan abrupta declaración me impulsó a tratar de buscarme la vida a mi modo y como Dios me diera a entender desde muy pequeño.

Con tres años, y no sé movidos por qué afán concreto, más allá del presumible de prosperar, nuestros progenitores decidieron que nos mudábamos a Madrid. Me estrené con gran satisfacción como pasajero de un tren, y desembarcamos en la gran capital. Era el invierno de 1932. Viniendo de una capital ya bien poblada como Sevilla, Madrid no me deslumbró como quizás cabía esperar, pero sí me sorprendió desfavorablemente un factor… el intenso frío que hacía. Tanto que a los cinco nos salieron sabañones.

Teníamos –no nosotros, sino los mayores– la lógica preocupación por la mudanza vital, pero no era un salto en el vacío. Mi padre venía de algún modo recomendado por el mentado señor Luca de Tena y no tardó en ejercer su profesión. Respecto al techo, un amigo barbero nos había reservado una vivienda en la calle Rosa Menéndez, en el Huerto del Obispo, pero carecía de agua corriente y mi madre encontró otra más adecuada en el número 25 del Paseo de la Dirección, una barriada en la parte baja de Tetuán, que al parecer llamaban así porque era el camino que transitaban los presos que trabajaban para el Canal de Isabel II. Más que paseo, era una larga senda que conducía hasta el

pueblo de Torrelaguna y por el otro extremo llegaba hasta Cuatro Caminos. Aquel refugio no estaba nada mal para aquellos tiempos. Casa baja, tenía dos dormitorios, comedor, cocina y un váter en el patio, en el que cada vecino disponía además de un gallinero.

Es curioso, pero no me parece que Madrid haya cambiado tanto desde nuestro desembarco hace tantos y tantos años. Recuerdo que de la glorieta de Cuatro Caminos, el lugar más populoso que teníamos cerca de casa, partía el llamado Paseo de Ronda, que luego se prolongaba por las actuales Francisco Silvela y Doctor Esquerdo, enlazando mucho más allá con las Rondas de Valencia, la de Toledo y la Ronda de Segovia, configurando algo así como un anillo que envolvía la ciudad. La actual Puerta del Ángel era ya como salirse de Madrid.

No tardé en integrarme en la gran urbe. De mis primeros amigos de entonces debo recordar especialmente al hijo del barbero (no he olvidado su nombre: Manuel Cordero Romero), aunque sea por un trágico hecho que me conmocionó profundamente. Era un día que había llovido y los dos nos pusimos a hacer una poza en la calle para recoger el agua. No tardó en aparecer un mozalbete del barrio que nos disputó la propiedad de la obra y nos la desbarató de un puntapié. La discusión dialéctica no tardó en derivar en el método con el que entonces se resolvían tantos conflictos infantiles: las pedradas. Con tan mala fortuna que uno de los proyectiles, un trozo de un plato que había por allí, impactó en la nuca de mi entrañable compañero, segándole al parecer el tejido que envuelve los sesos y dejándole inmóvil en el suelo. Por supuesto que se armó un lío monumental que hizo necesaria la asistencia de la Guardia Civil. Nuestra amistad con el padre del chiquillo y con su madre, la señora Pelagia, a la que llamábamos “la comadre”, era tanta que mis padres eran los padrinos del infortunado Manolín.

Le llevaron a la casa de Socorro a hacerle una cura y le enviaron a casa. Al día siguiente fuimos a visitarle. Creo que estaba ya muerto. Aunque era sin duda mi mejor amigo y mi vecino, fui consciente enseguida de que se habían terminado los juegos con él, pero debo decir que superé rápidamente el episodio. Yo era un niño y la vida continuaba.

Sólo añadir que, días después, el infantil homicida involuntario fue a sentarse, supongo que por azar, en el escalón de la entrada de la barbería del padre del difunto, que lógicamente se lió a palos con él. Se armó un jaleo impresionante en el barrio, que duró casi dos horas e hizo necesaria de nuevo la intervención de la fuerza pública. Unos defendían la actitud del barbero y otros le recriminaban: "déjalo, es sólo un niño, no lo hizo aposta". Las mujeres se tiraban de los pelos en la refriega.

A todo esto había debutado como escolar. Asistía al colegio del Ave María, en la Dehesa de la Villa, que creo que todavía existe. Mis hermanos acudían a los Salesianos, Marina al centro para chicas de la calle Villamil, y Manolo al de chicos en Francos Rodríguez, donde supongo que no había plaza para mí en aquel momento.

Me encantaba ir a clase. Me gustaban especialmente la gramática y la aritmética, y lo que más odiaba era la geometría. Llegaba hasta el colegio andando desde casa, y como por entonces mi madre ya había encontrado trabajo y no podía atenderme, me quedaba a comer allí. El bedel me calentaba la comida que ella me había preparado. Precisamente durante uno de esos almuerzos asistí al asalto de unas turbas anticlericales que quemaron sin más aquella institución educativa, entiendo que por su vinculación a una orden religiosa. Yo era el único alumno dentro en ese momento, y el bedel, tras informar de esa circunstancia a los quemaiglesias para evitar víctimas colaterales, me recomendó que me fuera

a casa. La señora Pelagia, conocedora de lo que se estaba tramando, había enviado a uno de sus hijos a recogerme, pero debimos de cruzarnos y llegué a mi casa tan campante. Lo que por cierto acabó procurándome una severa reprimenda.

Aunque yo permanecía bastante ajeno a las cosas de los adultos, la cosa se estaba poniendo seria. Ya habían ardido varias iglesias de la zona, entre ellas la de San Antonio o Nuestra Señora de las Maravillas, ubicada en lo que luego sería el mercado del mismo nombre, pero eso a mí no me preocupaba lo más mínimo. Yo era un crío travieso que disfrutaba con los juegos del momento: la "pídola", la "toña", el "robaterrenos"… También montábamos una especie de ingenios explosivos con botes rellenados de carburo y agua que, tras prenderles fuego, subían hasta los cincuenta metros o así. Aunque lo que más me gustaba era tirarme al agua en las pozas que se formaban en algunos descampados de la ciudad, especialmente por la zona de Peñagrande.

De aquellos primeros años en el Paseo de la Dirección guardo otra anécdota que a la mayoría le costará creer: mi encuentro personal con el diablo.

Fue una mañana en que había quedado, como tantas otras en que mi madre salía a atender sus asuntos, al cuidado de nuestra vecina Piedra (el nombre es verídico), una mujer a la que mi padre le tenía bastante ojeriza por su beatería, y que por cierto murió a la respetable edad de 101 años. Le pedí permiso para salir a la calle a jugar. Y allí, enfrente de mi casa, me topé sin más con el mismísimo Satanás. Con rabo, cuernos y tridente. Tal cual. Lógicamente asustado, regresé a la casa y atropelladamente le conté mi inusitado encuentro. Salió conmigo al exterior. El diablo seguía allí, pero Piedra no le veía y me reprochó mi exacerbada fantasía. En cualquier caso, y para conjurar cualquier posible amenaza, me hizo rezar con ella el rosario.

Claro que me han dicho si no serían los días de carnaval, y el tal diablo un simple participante en la fiesta, pero tengo que reafirmar que no es así. Me topé con el diablo y nadie me va a convencer de otra cosa, aunque debo aceptar que el común de los mortales no me crea. De hecho no le he confesado este episodio a mi esposa hasta hace bien pocos años.

Mi padre también se había integrado sin problemas en la sociedad capitalina. Se había integrado demasiado, habría que decir. Le gustaban las mujeres, y debo reseñar que llegó a estar liado con la mismísima señora Pelagia, traicionando los buenos servicios que nos había prestado su marido el barbero. Y lo que es más: también mantuvo una relación con una mujer soltera, con la que tendría una hija, a quien por cierto tengo entendido que se le puso el nombre de pila de mi hermanita fallecida antes de que yo naciera.

Estas relaciones no resultaron desconocidas para mi madre y desde luego minaron el matrimonio. Aun a los ojos de un niño, se notaba que las cosas entre ellos no marchaban demasiado bien.

Pero las andanzas donjuanescas del patriarca de mi familia no pudieron prolongarse como tal vez él hubiera querido. No mucho después de nuestro aterrizaje en Madrid, su salud entró en barrena, hasta el punto de tener que abandonar el trabajo. Primero fue una erisipela, una enfermedad de la vista que le obligó a llevar una venda sobre los ojos. Recuerdo al respecto una ocasión en que nos encontrábamos los dos en algún punto de la calle de Bravo Murillo, esperando a mi madre. Un niño junto a un hombre demediado, ambos inmóviles. Algunos transeúntes depositaron en mi mano unas caritativas monedas. Me hizo la natural ilusión –unos reales nunca venían mal– y así se lo transmití a mi progenitora cuando ella llegó a la cita. Sintiéndose probablemente avergonzada, me regañó ásperamente.

A la erisipela le sucedió algo mucho más grave. Un encharcamiento de los pulmones. Se hicieron las correspondientes pruebas, que arrojaron un resultado nada halagüeño. Mi padre no tuvo dudas de que su tiempo se agotaba. Tenía la pesadumbre de que había empeñado una sortija que en su momento regaló a mi madre y, sin los fondos necesarios para recuperarla, se había pasado el plazo para canjearla. Le tuvo que confesar a ella que ya no habría ocasión de reemplazarla con otra joya.

Primero le trataron en el Hospital Obrero, donde carecían de los medios necesarios para tratarle, y le derivaron al entonces hospital general de Atocha (el actual Museo Reina Sofía). Los médicos no se anduvieron por las ramas: "Le quedan horas".

En aquellos años morir en el hospital se consideraba algo denigrante, quizás propio de vagabundos o de las clases más depauperadas de la sociedad. Mi agonizante padre le pidió a su mujer que le trasladara a nuestro piso del Paseo de la Dirección. El pronóstico médico fue acertado. Ramón López Villarubia fallecería el uno de febrero de 1935. Tenía sólo 42 años.

Recuerdo verle ya muerto. Tenía los ojos abiertos y eso me causó una gran impresión. Tanta que me eché a llorar. Me llevaron a casa de una vecina, y al día siguiente no me dejaron acudir al entierro. Por distraerme, alguien me llevó a pasear por la Dehesa de la Villa.

Desde que mi padre quedara impedido para ganarse el jornal, mi madre había empezado a trabajar. Hacía la colada en diferentes casas y establecimientos de Madrid. En la corbatería "Ben-Hur", y especialmente en la tienda de bolsos y en la propia casa de la señora Carmen Flores, una conocida vedette de la época a quien debí caer en gracia, porque muchos días comía en el domicilio de esta mujer, en la calle Carranza, donde no era infrecuente recibir la visita de otras artistas de la época como Pastora Imperio.

Una vez más, y supongo que ignorante de los cuernos que su mujer le había puesto con el difunto (aunque él también hacía de las suyas fuera del matrimonio), el barbero vino en nuestra ayuda. Más que nada para que yo no estuviera solo en la calle mientras mi madre trabajaba, le propuso que yo fuera a su local a ayudar. A mis cinco años, mi concurso no iba mucho más allá de subirme a una banqueta para asear y quitarles a los clientes los pelos sobrantes de la faena. Trasto como era, cada dos por tres tenían que reconvenirme para que dejara las navajas quietas y en su sitio. Era mi primera experiencia laboral y estaba encantado, sobre todo porque los parroquianos solían ser generosos con el pobre huerfanito. Muchas veces me caían diez céntimos, cuando el servicio costaba en torno a cinco. Esto ponía de los nervios a Juanito, el hijo del barbero que, envidioso y menos afortunado con las propinas, siempre que podía arremetía contra mí.

A todo esto, la relación con mis hermanos era la normal, diría yo, en cualquier familia. Guardo un especial recuerdo de Manuel que, haciendo gala de su condición de hermano mayor, ejercía de protector. Siempre que podía me compraba una chocolatina o me invitaba al cine de verano. De Marina me distanciaba no sólo el diferente sexo, sino sobre todo el hecho de que fuera la niña bonita de nuestra madre. Aunque creo que Marina me profesaba un cariño mayor del que yo la tributaba a ella.

Mi hermano se acabó colocando en una pastelería en la calle Feijoo, cerca de Quevedo, y de ahí se derivó mi segundo y flamante empleo. Los propietarios alquilaban una casa en verano en la zona de Peñagrande, concretamente en la calle Joaquín Lorenzo, muy cerca del merendero de Ricote, y me ofrecieron irme toda la temporada con ellos para atender un tenderete callejero, casi a la puerta de la casa, donde ofrecíamos pestiños a los transeúntes que acudían a El Pardo o a bañarse en las orillas del Man-

zanares. Recuerdo que aquellos dulces costaban cinco céntimos y que las ventas no se daban mal, pero además la oferta tenía otras ventajas indudables: no estaría solo en la casa del paseo de la Dirección (el colegio estaba cerrado por la época estival) y, sobre todo para mi madre, era una boca menos que alimentar al menos esos meses.

El inicio de la guerra civil en julio de 1936 me pilló, pues, al frente de aquel tenderete de pestiños. Yo mismo pude escuchar, más con sorpresa y expectación que con auténtico temor, el intercambio de disparos por aquel alejado arrabal de la capital. El pastelero se alarmó por mi suerte y avisó a los míos. Al cabo de unas dos horas llegaron mi madre y mi hermana en el tranvía a recogerme. Recuerdo perfectamente que de regreso el vehículo paró en un cuartel de la Guardia Civil que ya habían incautado los milicianos, que nos registraron a todos los pasajeros.

Mi carrera como comerciante callejero había llegado a su fin.

A mis seis años de entonces, por supuesto que esto de la guerra no lo vi venir. Diría que tampoco los adultos podían figurarse que la sangre fuera a llegar al río. Y cuando ocurrió, todos creyeron ingenuamente que el asunto se resolvería, de una u otra manera, en unos pocos días.

Un amigo de los pasteleros, Gerardo, que trabajaba o colaboraba en el Socorro Rojo, nos advirtió de que nuestra vivienda estaba, como así era, demasiado cerca del frente, y que corríamos en ella el riesgo de vernos afectados por los proyectiles de artillería. El consejo vino acompañado de una solución: conocía a un señor que iba a mudarse y nos podía ceder su domicilio, sin más contraprestación que el que le cuidáramos los muebles.

Así es como llegamos a lo que entonces era el Paseo de Ronda (hoy Raimundo Fernández Villaverde), número 10, esquina con Treviño. La casa nos deslumbró: tenía cuatro dormitorios, cuarto

de baño y tres balcones a la calle. Y encima un cine, el Astur, a pocos metros. No nos lo creíamos. Era un regalo caído del cielo.

El piso quedaba justo enfrente del Hospital Obrero, que había sido convertido en hospital de sangre, y asomado a aquellos balcones yo podía ver llegar, con un alborozo del todo impropio, las camionetas que llegaban desde el frente transportando a muertos y heridos. Doblaban por Treviño, giraban luego en Maudes, y entraban al depósito por la calle Alenza. Para mí era un desacostumbrado espectáculo, y no dudaba en avisar a los demás a gritos cuando divisaba la funesta comitiva. Mi madre, claro, me lo afeaba: "¡Mira que darte gusto salir a ver los muertos!".

El pronóstico sobre la peligrosidad de nuestra vivienda habitual no tardó en confirmarse. A los pocos días del traslado nos desplazamos hasta allí para recoger los cacharros de cocina y otros enseres, y nos topamos con que en la casa había caído un obús. Lo encontramos, sin estallar, justo encima del fogón, en un ángulo. Avisamos por supuesto a la autoridad competente, y se lo llevaron para exponerlo en las oficinas de lo que llamaban "el altavoz del frente", donde mostraban armas, artefactos y otras demostraciones tangibles de la maldad de los fascistas.

Pero nuestra nueva y acomodada residencia tampoco estaba precisamente lejos del escenario de los combates, que no tardarían en llegar hasta la cercana ciudad universitaria. A partir del número 20 de Reina Victoria (que entonces se llamaba Pablo Iglesias), a la altura de la Cruz Roja, había unas alambradas que impedían pasar a los civiles. Pues bien: por la parte de la casa que daba a cielo abierto, donde se situaba la fresquera, nos llegó a visitar alguna bala perdida, falta ya de fuerza, eso sí. Bastó colocar unas mantas para conjurar la amenaza.

Para los bombardeos de la aviación, que pronto se hicieron frecuentes, contábamos con un refugio a escasos cien metros.

No puedo decir que recuerde con dramatismo los tres años de la guerra civil. Lo único por el hambre. A mi madre le propusieron alguna vez evacuarnos a Valencia, donde estaríamos mejor abastecidos, pero ella sólo aceptaba Sevilla como destino. La máxima preocupación de la mujer era que no reclutaran a su hijo mayor, que estuvo a sólo una quinta (era de la anterior a la famosa "del biberón").

No vi otros muertos que los de las camionetas que entraban en el hospital de sangre, y casi me represento más bajando con un trineo improvisado por el Paseo de Ronda abajo, que en situaciones de tensión. Aunque la zozobra y el miedo de los mayores estaban allí. Recuerdo por ejemplo cómo un hijo de Gumersindo García, un señor en cuya casa mi madre lavaba también la ropa, nos suplicó que le diéramos refugio en la nuestra ante el temor de que vinieran a buscarle para darle el paseo. Aunque creo que teníamos espacio suficiente, mi madre se lo quitó de encima y sólo durmió una noche entre nosotros. Se acabó pasando a los nacionales por la Dehesa de la Villa.

Las mayores alegrías de aquel período bélico eran las tardes en que podía ir al cine Astur, y el hecho de haber tenido regalos de Reyes todos los años, a pesar de la miseria general, gracias a unas desprendidas vedettes amigas de Carmen Flores. Lo peor, lo que más me afectaba, el hambre, la proverbial y obligada escasez de víveres. Porque siempre he sido de mucho comer. Ya entonces se me manifestaba un curioso fenómeno: si no engullía lo suficiente, me lloraban los ojos. Así que hacíamos todo lo posible por combatir la gazuza. Armados con un palo y unos sacos, salíamos mi hermano y yo a cazar gatos, que nos merendábamos sin ninguna aprensión. Nos comimos hasta el de un vecino aprovechando su fallecimiento (el del vecino, que al animal le finiquitamos nosotros). Por supuesto que no éramos los únicos que practicaban este

arte de supervivencia. Mi madre y mi hermana se negaban en redondo, no sólo a catar semejante manjar, sino a que utilizáramos el menaje casero para condimentarlo. Hasta que la necesidad pudo más que los escrúpulos y la primera concedió: "bueno, esta olla sólo para los gatos".

Y cuando lográbamos un botín alimenticio, yo era de los que no dosifican nada. Como también escaseaba la leña, mi hermano y yo alquilábamos un carro de mano y nos íbamos allá por la zona de Valdelatas a arrancar y extraer raíces de árbol para que la gente pudiera cocinar en los fogones. Puntualizo que eran sólo las raíces, porque del resto de los árboles la gente ya había dado buena cuenta con este mismo fin. Se nos daba bastante bien y solíamos regresar con varios sacos, pero ello porque salíamos a las seis de la mañana y volvíamos sobre las diez de la noche, arrastrando un carro que pesaba demasiado para mis mermadas fuerzas, y que había que conducir por lo demás por calles empedradas como Bravo Murillo, lo que resultaba aún más complicado. Aquella mercancía la cambiábamos luego por arroz, sal o lentejas. A propósito de estas legumbres, y de mi legendaria hambre insatisfecha, en una de estas avanzadillas nuestras llevábamos para pasar la jornada un perol de lentejas con arroz que nos había preparado mi madre. Mi hermano se alejó para atacar un filón de raíces, y yo no pude resistir la tentación: me zampé aquella olla de lentejas de una sentada, sin encomendarme a Dios ni al diablo ni darle a él –que se enfadó no poco– ninguna oportunidad de participar en el festín.

Otra vez me metí para el cuerpo un saco casi entero de cascarillas de cacao. Mi madre me dijo que no se me ocurriera comérmelas, pero no hubo manera. Me puse malo como pocas veces en la vida. El médico dijo: "lo raro es que no se haya muerto".

Porque uno estaba a la que saltaba. Otro de mis trapicheos, que me sugirió una vecina prostituta que frecuentaba el local, consis-

tía en acudir al café Regina, por la calle Sevilla, donde se juntaba la columna del jefe miliciano Mangada, a recoger las colillas de los cigarrillos que fumaban. Las lavábamos y las cambiábamos por lo que hubiera disponible. Yo era un crío y uno de esos militares se apiadó de mí y me proporcionó una dirección donde cada semana conseguía un saco de pan duro. Recuerdo que había un dicho a propósito de estos "valerosos" combatientes: "Al entrar en Madrid, lo primero que se ve, son los hombres de Mangada, sentados en el café".

A todo esto las clases escolares se reanudaron. Empecé acudiendo a un centro muy cercano, del que me sacó mi madre porque un día entró allí una bala perdida y mató a una chica que estudiaba mecanografía. Entonces me pasaron al colegio Cervantes, también cerca de mi casa, en la misma glorieta de Cuatro Caminos, aunque creo que al cabo del tiempo lo tuvieron que cerrar también por la peligrosidad. Aquí trataban de compensar la escasa alimentación de los niños republicanos con dosis de aceite de hígado de bacalao. Curiosamente había en el colegio una piscina cubierta. De una zambullida en la misma me ha quedado una bonita cicatriz en el cráneo.

Del Cervantes recuerdo que ya en los últimos días de la guerra, cuando el golpe del coronel Casado, los comunistas, opuestos a cualquier rendición o cesión frente a los vencedores, se encerraron en él y en la adyacente Casa de Socorro, y desde dentro intercambiaban disparos con los que durante la contienda habían sido sus correligionarios.

También de ese momento final de la guerra recuerdo la estampa de un coche oficial con escolta bajando por el paseo de Ronda. Los transeúntes decían que era el mismísimo Casado, que emprendía la huída. La gente le aplaudía por haber evitado la batalla final por la capital y haber acortado las hostilidades, y yo también lo hice.

Con la misma indiferencia infantil con que asistí al comienzo de aquella carnicería entre españoles, me tomé su punto final. Aunque la indiferencia no fue del todo tal por una razón material que bien podrá entenderse: el bienintencionado propietario de la casa donde habíamos pasado aquellos casi tres años se aprestó a recuperarla, y tuvimos pues que emprender el regreso a nuestra mucho más modesta morada del Paseo de la Dirección. Aquel señor sería tal vez un emboscado, pero desde luego era una buena persona: tuvo el detalle de darnos un dinero para ayudarnos en la mudanza.

Se instalaba una paz llena de privaciones, y por supuesto tuve que contribuir en la manera que me fuera posible a llevar manutención a casa y aplacar mi irrefrenable hambre. Mi madre empezó a comprar unos bolsos que hacían con cintas, y nosotros los lavábamos y deshacíamos para comerciar con esos tejidos. Me iba a Alcobendas y los cambiaba por los alimentos que nos ofrecieran los lugareños. Muchas veces no me daba tiempo a volver a Madrid y pasaba la noche al raso.

Seguramente sería porque todos estábamos a la última pregunta y después de las penalidades padecidas, y las que nos esperaban, la gente era huraña y desconfiada, pero aquellos lugareños de Alcobendas, como los de Fuencarral, y los pueblos vecinos, que habían padecido menos privaciones al tener al menos terreno para cultivar, me trataron con bastante desprecio. Una vez le pedí agua a un hombre. "¿De dónde eres tú?", me preguntó con cara de pocos amigos. "De Madrid", contesté. "Pues que te den agua en Madrid", fue su bronca respuesta.

Pronto nos inventamos otra manera de sacar algo de dinero. Cada noche atravesaba andando la ciudad desde mi casa hasta el despacho que la RENFE tenía en la calle de Alcalá, junto a Marqués de Casa Riera. Allí se vendían los billetes de tren para

Zaragoza y Alicante, y el asunto es que yo cogía el primer puesto en la cola para el momento en que abrieran la taquilla, ofreciéndome a cederlo a los pasajeros que acudieran con más prisa y sin ganas de esperar, a cambio de la correspondiente propina según la voluntad. Vendía ese primer puesto y luego, dejando pasar un tiempo prudencial para que nadie se mosqueara demasiado, volvía a ponerme a la cola y repetía la operación. No era legal, no estaba permitido, era por supuesto una argucia, pero nunca tuve problemas. Dormía como podía a la puerta de aquel despacho ferroviario, aunque a menudo me apoyaba en las columnas de la entrada del Círculo de Bellas Artes hasta que abrían. En casa les daba vergüenza que los vecinos supieron que me dedicaba a esto y fingíamos que había entrado a trabajar en una librería.

No sé a quién se le ocurriría este negocio de circunstancias, pero el caso es que funcionaba. Muchos días podía reunir hasta diez pesetas, que puede no parecer gran cosa, pero que adquiere su sentido si digo que mi madre entonces, haciendo la colada en las casas y limpiando en el comercio de Carmen Flores, obtenía seis duros semanales. No quiero dejar de citar, con agradecimiento, a aquel señor de Santander que me dio cinco duros y encima nos invitó a un desayuno opíparo a mí y a mi hermana Marina, quien ya entrada la mañana venía a recogerme y hacerse cargo del dinero. Aunque, pícaro, antes de que ella se presentase yo empleaba algunas monedas en comprar fruta ya un tanto echada a perder en un comercio cercano. Por dos reales me daban un montón, y podía llegar a comerme hasta dos kilos sin respirar.

Con las ganancias de esta empresa del turno para sacar los billetes del tren contribuimos a reunir el dinero para levantar la deuda que pesaba sobre nuestra vivienda (nos habían desahuciado; debe ser que no habíamos pagado durante la guerra), y comprar unas gallinas y unos conejos.

Para coger hierba para estos últimos animalillos, yo solía ir con un vecino algo mayor que yo por los descampados de Alcobendas. En una ocasión encontramos una poza de las que se utilizaban para regar los cultivos, y no dudamos en zambullirnos en pelota picada en aquellas aguas. Y hete aquí que apareció un tipo –supongo que el dueño de la charca– y nos arrebató la ropa. Nos la devolvió a cambio de un hacha que yo me había encontrado tirada por ahí en esa misma escapada. Lo cuento para abundar en cómo mucha gente se aprovechaba del prójimo en cuanto podía.

Poco después, mis hermanos se fueron estableciendo. Marina, ya casi una mujercita, entró en *La Perla de Cuba*, y a Manolo le salió una ocupación en un bar muy grande y conocido de la calle Bravo Murillo, el Chumbica, prácticamente en la misma glorieta de Cuatro Caminos. De ese empleo derivaría para mí una gran satisfacción personal y laboral, y el entronque con una persona que ha sido clave en mi vida.

Porque el dueño del Chumbica, don Félix Rodríguez, poseía también la concesión del bar del cine Avenida, y necesitaba un chaval para ciertos menesteres menores. Y mi hermano no dudó en recomendarme. "Es un chavalín, pero muy espabilado, ya verá". ¡Y de buenas a primeras me encontré trabajando nada menos que en uno de los templos de la rutilante Gran Vía madrileña!

Tengo grabada la fecha de mi debut, el veintitrés de enero de 1942. Tenía doce años. Tampoco he olvidado la película que entonces se proyectaba: "Burbujas de Champán". Inaugurado en 1928, antes de la irrupción del cine sonoro, como local de exhibición cinematográfica pero también de espectáculos teatrales o de variedades, y dotado de un magnífico vestíbulo al que en el año de mi incorporación se le habían añadido las escaleras de mármol, ni que decir tiene que el Avenida ya era un local de postín.

Mi función consistía en hacer paquetes de patatas fritas y almendras (tenía que pesarlos, pero me las ingeniaba para comerme algunas de gorra), y venderlos por la sala junto a caramelos y bombones. Entraba a las cinco de la tarde y me llevaba el diez por ciento de las ventas. Lo tenía que entregar en casa (mi hermano controlaba las cuentas diarias), pero las propinas me las quedaba a escondidas, y con ellas, y entre sesión y sesión, bajaba a una casa de comidas que había cerca y me hartaba. Y encima fardaba un montón con mi uniforme de botones (se supone que no podía salir del cine con él, pero me saltaba esa prohibición), y podía alardear de haber visto los últimos estrenos de cine con los amigos, aunque, con tanta ocupación, no puedo decir que tuviera muchos. Casi todos los de aquella época eran los chavales que hacían las mismas o similares funciones en otros cines de la zona.

Del personal de entonces siempre recordaré al portero, supongo que por su dramático final. Se llamaba Burgué. Un mal día se presentó en el cine un individuo preguntando por el gerente, el señor Gutiérrez, y el portero le indicó dónde estaba su oficina y le franqueó el paso. Pero resultó que aquel visitante era un listo que sólo pretendía ver la película de gorra y empleó este ardid para colarse en la sala, con tan mala fortuna que el propio Gutiérrez presenció o advirtió la maniobra y comenzó a abroncar, en medio de los demás compañeros, al pobre Burgué, que humildemente le pidió que salieran un momento a la calle para explicarse sin testigos. Pero la discusión fue a mayores y el pobre Burgué acabó despedido, acusado de insolentarse frente al patrón. Si recuerdo la anécdota es porque, con los años, supimos que este hombre se había dedicado en adelante a viajante de comercio, vendiendo corbatas por las localidades de Castilla, y que al parecer acabó suicidándose, colgándose con una de ellas, en una pensión.

Los cines de la Gran Vía no eran ni mucho menos baratos. Sólo los más pudientes podían permitirse asistir. Si no me falla

la memoria, la butaca costaba la muy estimable cifra de ocho pesetas, y el entresuelo cuatro pesetas, cuando un cine de barrio estaba en los quince céntimos. Aunque luego Girón implementó la llamada "sesión golfa", un pase a la una de la madrugada que costaba sólo una peseta. A mí esta innovación me fastidió bien, porque salía tardísimo y tenía que regresar a casa forzosamente andando.

Recuerdo que todo el mundo se pirraba por el cine norteamericano –retengo sobre todo "Almas en el Mar" (1937), con Gary Cooper y George Raft–, y que a los estrenos nacionales acudía un público bastante escaso, aunque nosotros alcanzamos óptimas recaudaciones con "Sin novedad en el Alcázar", y en otro género muy distinto con "Pepe Conde", cinta producida en 1941 y protagonizada por Miguel Ligero y Pastora Peña, que tras su paso por el Avenida continuaría luego treinta semanas en el Progreso.

A todo esto, con mi propio dinero me pagaba unas clases, sólo de aritmética y gramática. Pero no duré mucho. Y es que, aún entusiasmado como estaba con mi flamante y pinturero nuevo empleo, y aunque salía del cine a la una de la madrugada, no despreciaba cualquier oportunidad de diversificar mi carrera. Enseguida me salió otro empleo para hacer los repartos en una empresa que hacía ensaladilla y boquerones en vinagre. Tenía que llevar unos fardos considerables, y aunque el dueño me daba el dinero para el transporte, yo me las ingeniaba para ahorrar también en este capítulo trapicheando con los billetes.

Me levantaba a las siete de la mañana para ir a aquella fábrica de ensaladilla, y luego me tiraba la tarde entera y parte de la noche en el Avenida. Arrastraba un sueño inmenso, tanto que una vez me quedé dormido en el metro y estuve recorriendo la línea en ambos sentidos hasta recobrar la vigilia. Esto era antes de que mi hermana Marina se hubiera empleado, así que yo le hacía de rabiar

y le decía a mi madre: "¿por qué no la ponemos a trabajar limpiando las escupideras en los hospitales?".

Pero en fin, aun con tantas fatigas, al menos ya no pasaba hambre.

Así de complicada y activa era mi vida cuando, en mayo de 1944, experimentó un brusco giro que me condujo de vuelta a mi ciudad natal.

Mi tía Concha, hermana de mi padre, pasó por Madrid y me ofreció irme con ella a Sevilla, donde no tendría, me dijo, ninguna dificultad para encontrar trabajo. Concha estaba viuda y no había tenido hijos, y vivía con otra tía mía, Antonia, que tenía un hijo un año menor que yo. No sé si lo vi como la oportunidad de llevar una vida un poco más reposada, pero no tuve que pensármelo mucho.

Vivíamos en una corrala que llamaban "el corral de los muertos", porque había una funeraria allí mismo, y mi primera ocupación fue como tornero en una fundición por la calle Torneo, por recomendación de la que había sido criada de Carmen Flores (quien por cierto nos pagaría años más tarde el hotel donde Antonia y yo pasamos nuestra luna de miel). Era un trabajo en el que las matemáticas jugaban un papel nada desdeñable para la fabricación de distintas piezas, y en esa materia yo me defendía bastante bien. Por ello no me disgustaba del todo, aunque era un menester bastante sucio. Pero la fundición estaba bastante alejada de nuestro domicilio, y enseguida me empleé en el bar Ortiz, en la puerta del Rosario, propiedad de don Platón Giménez Giménez.

Mi labor aquí era atender al público. Debía comenzar a las doce de la mañana, pero como me gustaba solía llegar antes, y mi salario creo que era de siete pesetas diarias, que entregaba no a mi tía Concha sino a mi tía Antonia, que debía ser la administradora de la casa común. No era mal sueldo, porque en aquella época en muchos empleos no pagaban nada a los aprendices.

Yo llevaba el mostrador y atendía al camarero que servía las mesas. Me gustaba el trato, mucho más directo que en el cine, con una clientela que me apodaba "el madrileño" y se interesaba sobre todo por el barrio de Lavapiés, que debían considerar la quintaesencia de lo castizo. Por cierto que entonces en los bares nunca entraban las mujeres, al menos las mujeres decentes. Podían sentarse en las terrazas de fuera, pero su presencia en el interior de los locales no estaba bien vista.

Además de bar convencional, el Ortiz era también, y preponderantemente, una casa de juegos. En concreto se jugaba al julepe, que por alguna razón había quedado exento de la general prohibición de los juegos de apuestas. Vendíamos barajas nuevas y revendíamos las ya usadas, y algunos parroquianos llegaban a arriesgar grande sumas. Uno al que apodaban "el Pringue" llegó a perder la empresa de autobuses que tenía.

El recuerdo de aquel año que pasé en Sevilla me empaña los ojos todavía hoy. Fue una gran experiencia sentirse de algún modo autónomo y liberado, y los parroquianos del bar siempre me trataron de primera. Pero sobre todo mi tía Concha me envolvió de un cariño que no había disfrutado con mi familia original. Lo expresaré con una anécdota que puede parecer trivial pero que a mí me sigue encogiendo el corazón. Todavía en Madrid me habían diagnosticado una conjuntivitis. El médico me recomendó que llevara gafas de sol. Con el dinero de las propinas del Avenida me acerqué al Rastro y me compré unas. Eran las más baratas que encontré, y ciertamente horrorosas. Cuando regresé con ellas a casa mi madre me abroncó por mi mal gusto. Pues bien, en Sevilla la tía Concha me regaló unas nuevas, mucho más garbosas. Todavía la puedo recordar entrando una mañana en el bar con ellas en la mano: "toma, mi *arma,* a ver si te están bien".

Tal vez elevándome a la categoría del hijo que no había tenido, mi tía Concha cuidó siempre de mí, y me defendió de algunas insidias de mi otra tía, que sospecho que estaba un poco celosa del papel que yo había adquirido en ese núcleo, porque mi primo era bastante más retraído y menos desenvuelto que yo.

Tengo que confesar que durante aquel año que pasé en Sevilla no eché de menos en ningún momento a mi madre ni a mis hermanos. Pensaba quedarme allí para toda la vida. Si regresé a Madrid fue porque mi hermano Manolo se puso en contacto conmigo para avisarme de que nuestra madre se estaba muriendo. Nada menos. Se me vino el mundo encima pero lógicamente tenía que venir. Llegué a nuestra casa pero no les encontré. Pregunté a una vecina, quien me dijo que mi madre había ido a buscar a mi hermana Marina. Lo de la enfermedad era, o un malentendido o directamente una trola, puesto que mi madre distaba mucho de encontrarse agonizante, de las mismas, y aún con la maleta en la mano, decidí volver por donde había venido. "Dígale usted que me he vuelto a Sevilla", llegué a encomendarle a la vecina. Pero según eché a andar de vuelta a la estación me los encontré. Y ya no tuve valor para coger aquel tren de vuelta.

Vivir en la capital de España, por lo demás, no tenía para mí ningún valor añadido. Sevilla contaba con todo lo que podía necesitar un mozalbete como yo. Pero me considero tan sevillano como madrileño. Si estoy en Sevilla hablo bien de Madrid y sus gentes, y viceversa. Eso sí, la querencia futbolística me ha quedado orientada hacia el sur. Viva el Betis "manque" pierda.

Total, que me establecí de nuevo en los Madriles y me incorporé sin problemas al mundo laboral. Entre las actividades de aquellos años debo citar la freiduría con la que me hice en la calle García de Paredes. Preparaba calamares, callos y otras raciones para los bares. Pagué mil pesetas al dueño como traspaso.

Mi madre aún tardaría un año en morir. Ocurrió en 1947, a causa de una neumonía. Tenía 57 años. Tal vez no está bien que lo diga, pero no fue excesivamente traumático para mí. Entre que yo comía por entonces en casa de la vieja señora Pelagia, y mis ocupaciones laborales, tampoco nos veíamos tanto. Lo que tenía una virtud: así no disponíamos de mucho tiempo para enzarzarnos en grescas. Nuestra relación fue manifiestamente mejorable, pero reconozco que fue una mujer que trabajó muy duro para sacar adelante a sus hijos sin la ayuda de un marido.

En nuestra casa, todavía la del paseo de la Dirección, quedamos alojados pues un servidor, mi hermano Manolo y su mujer, Rosario. Ellos habían vivido primero en la casa de la familia de mi cuñada, pero se ve que salieron tarifando y se vinieron a la nuestra. Y es que Rosario era una mujer bastante complicada, por decirlo suavemente. Siempre andaba malmetiendo de alguna manera, y se peleó con todos los parientes. Por ejemplo, achacaba al espíritu de mi madre –a quien le gustaban más los chicos que las chicas– el hecho de que en su matrimonio al principio sólo nacieran hembras. Debía pensar que era una maldición de la difunta o algo así.

En cambio con mi hermano Manolo no tuve nunca ningún problema.

Con el tiempo me llegó el inapelable momento de servir a la patria. Me incorporé a filas el 31 de marzo de 1950, bastante irritado por no haber disfrutado de la exención que sí le correspondió a mi hermano por ser hijo de viuda. Me tocó Campamento, seguramente el cuartel mejor dotado entonces de toda España, y concretamente una sección acorazada de la Legión. Los carros de combate por supuesto me deslumbraron. Daban unas ganas de disparar con ellos… Pero fui a parar a la compañía de automóviles donde, demostrando un poco de habilidad y desparpajo, logré que me hicieran jefe de engrasadores, con lo que evité las guardias.

Por cierto que aprecié que para muchos compatriotas la mili, por mucho que fuera molesta y forzosa, poseía al menos una virtud muy a considerar: sería el único lugar donde iban a recibir algo de instrucción. Y no hablo de la militar, sino educativa.

Pasado un tiempo, y supongo que conocedores de mis antecedentes, mis mandos me preguntaron si sabía algo de cocina, y como era el caso, cuando acababa con los automóviles me iba a servir al comedor de oficiales, donde me anoté otro de mis récords como tragaldabas impenitente: en cierta ocasión llegué a comerme nueve huevos. Y obtuve otra ventaja considerable: podía comprar al precio oficial el tabaco (que seguía estando racionado) reservado para ellos, y revenderlo.

Lo hacía en el Chumbica, donde entrara mi hermano años antes y donde en 1951 me incorporé yo, completando unas jornadas diarias de aúpa. Porque en el cuartel me presentaba a las seis, y tras pasar la mañana entre los automóviles y el comedor de oficiales, a las tres de la tarde ya estaba en el bar, que no abandonaba hasta doce horas después, que se dice pronto. Vaya vida.

El Chumbica era un local enorme –la planta de arriba tenía doscientas mesas–, y tan conocido en la glorieta de Cuatro Caminos que una de las salidas del metro marcaba su dirección ("A Chumbica"). Tenía dos públicos diferenciados: perfectamente convencional y respetable durante el día, pero como abríamos hasta tan altas horas, por la noche se llenaba de prostitutas de la zona, con las que por cierto siempre mantuvimos un trato cordial. Acabaría cerrando porque adquirió el local una inmobiliaria.

Pero en aquellos años de servicio militar y desempeño en nuevas barras de hostelería, mi vida experimentó un salto cualitativo crucial. Apareció Antonia. Hasta entonces no había tenido nada que pueda considerarse como una novia. Desde luego nunca había besado a ninguna chica.

La primera vez que había visto su rostro –era una de las hermanas pequeñas de la mujer de mi hermano Manolo– fue en fotografía y era una niña. Pero ahora se había convertido en una mocita de muy buen ver.

Mi corazón ya tenía dueño.

ANTONIA

Vine al mundo el 17 de enero de 1932, día del patrón de los animales, San Antón, que aquel año cayó en domingo.

Si se echa un vistazo a las hemerotecas, se comprobará que la situación de España en aquella época no era precisamente halagüeña. La Segunda República, que se había instaurado nueve meses antes, había traído muchas ilusiones y ansias de progreso y modernización, pero también una creciente inestabilidad social, vinculada por lo demás a los problemas económicos que aún derivaban de la gran crisis mundial del año 29. En el "ABC" del día de mi natalicio, la noticia destacada da cuenta de una conferencia del ministro de Hacienda de entonces, Juan Ventosa, impartida en el Círculo Mercantil el día anterior, de la que el diario extractaba estos titulares: "La situación actual es de subversión y crisis. Índices desoladores. La crisis económica de España no es consecuencia de la mundial".

El ministro apelaba a "llegar a un régimen en el que quepan todos los españoles". Y en esas se debía estar, pero otro suelto en las mismas páginas se refería a "la agitación social y las perturbaciones de orden público de España. Contra los manejos de los elementos comunistas".

Lo cierto es que las huelgas y las movilizaciones obreras estaban a la orden del día. El mismo "ABC" de ese 17 de enero recoge otra curiosa noticia: cuarenta delincuentes habían asaltado a la altura de Vallecas un tren procedente de Valencia y se habían llevado siete sacas con efectos no determinados pero de presunto valor.

No me han contado nada relevante de mi parto. Desconozco si todo fue como la seda u opuse alguna resistencia a incorporarme al mundo. Sí me han dicho que ese día mi madre había estado friendo merluza hasta poco antes de dar a luz. Y es que, con seis hijos ya en su cartilla de familia, uno más no debía resultarle a la mujer ningún motivo de preocupación. Fui, en efecto, la séptima hija del matrimonio. Antes de mí habían nacido Rosario, Teresa, Ventura, Francisco, Angelita y Julián. Después de mí vino Manuela, y aún nacería un varón, que murió a los dieciocho meses.

Mi madre, Victoria, que era diez años más joven que mi padre, había nacido en el pueblo de Arrabal de Portillo, en Valladolid, en una familia modesta. Mi abuelo materno era esquilador. La familia había tenido tres hijos, y una de las hermanas tuvo una prole tan numerosa que mi madre acabó convertida en algo así como su criada. Ello fue determinante para que se liara la manta a la cabeza y decidiera venirse a la capital y ponerse igualmente a servir, pero esta vez para otros y de manera remunerada.

Bastante más pudiente era la familia de mi padre Manuel. Vivían en San Acisclo del Valle del Oro, en Lugo, y la madre, mi abuela Rosario, era nieta del marqués de Sargadelos, el de la cerámica del mismo nombre. Tenían tierras, pero no eran nada rumbosos y tengo entendido que no destacaron por el cariño brindado a mi padre, quien con sólo trece años decidió emigrar a Madrid y se colocó en una panadería.

Era muy buena persona. Ayudaba todo lo que podía a los vecinos, fiándoles pan, pero por su trabajo no le veíamos demasiado en casa. Tenía una alta conciencia social y estaba afiliado al PSOE, con un número de carné bastante bajo, lo que acabaría trayéndole problemas al terminar la guerra, aunque al parecer nunca tuvo una implicación grande con la política. Tengo un excelente recuerdo de él, pero quizás en sintonía con lo que él mismo había recibido,

era más bien serio y no precisamente cariñoso, y tiraba más hacia los hijos que hacia las hijas. De ese carácter adusto conservo algunos episodios a los que no quiero dar excesiva importancia pero que por alguna razón no se me han borrado. Como la vez en que me abalancé hacia él para abrazarle y le pisé los zapatos y se enfadó. O el aún más desalentador para una niña cuando, al morir ese hermano que vino al mundo después de mí, le oí comentarle a un amigo: "Ya se me podía haber muerto la chica", en alusión a que yo también había estado enferma. Eso fue muy duro.

Recuerdo por cierto ver la caja con mi hermanito muerto colocada encima de una mesa en nuestra casa, y yo, a mis tres años de entonces, intentando alzarme de puntillas para verle la cara, sin conseguirlo. El niño, Manuel le habían bautizado, había muerto a consecuencia de una inyección en malas condiciones que le habían puesto, a él y al niño de otros vecinos que también murió, unas monjas que ejercían de enfermeras en Santa Adela, en la calle Reina Victoria. Mi hermana Rosario, que siempre ha sido muy anticlerical, siempre las consideró las directas responsables de su defunción.

Mi madre tampoco era muy de achuchones, que digamos. Tal vez su cariño de madre se dispersaba demasiado entre las ocho criaturas que había traído al mundo, y las raciones para cada una de ellas no fueran las que demandábamos.

El matrimonio sí se llevaba muy bien. Creo que se querían entre ellos más que a los hijos. Mi padre no perdía ocasión de decir "como mi mujer, ninguna", y también mi madre tenía claro que si le obligaban a elegir entre marido e hijos, se inclinaría por el primero.

Yo fui la primera de los vástagos que nació en la calle Acuerdo, en el número seis, en el barrio de Tetuán, que entonces pertenecía al municipio de Chamartín de la Rosa, que sólo en 1948

se integró en Madrid. Antes, la familia había vivido en una vivienda anexa a la panadería que entonces llevaban mis padres. Sobre todo mi madre, porque padre trabajaba de empleado en otra. La nueva casa era de dimensiones reducidas, con un patio que, aunque tenía sumidero, se anegaba de agua cuando llovía hasta casi meterse en el interior, y en el que no era infrecuente ver alguna rata merodeando. No teníamos agua corriente, debíamos ir a buscarla a las fuentes cercanas, y dormíamos cuatro hermanos en la misma cama. Tengo entendido que pagábamos 25 pesetas de alquiler. Yo envidiaba a una amiga que vivía en un piso, lo que me parecía un indudable rasgo de distinción frente a una casa baja como la mía.

Diría que cuando yo me incorporé a la misma, mi familia era pobre, pero mis hermanos mayores me han contado que antes no había sido así sino todo lo contrario, y que llegaron a marchar más que óptimamente, tanto que mis hermanas solían calzar zapatos cuando el resto de las niñas caminaban sobre alpargatas. El presunto y temporal esplendor debió de derivar en buena medida del premio de la lotería del Niño que obtuvieron en 1930. Les tocaron nada menos que 18.000 pesetas, lo que en aquellos tiempos era una cantidad enorme de dinero, considerando que entonces una vivienda andaba entre las tres y las cuatro mil pesetas. Mis padres llevaron también la fortuna a muchos vecinos, porque vendieron participaciones del número premiado en la panadería, y en general aquello fue tan sonado en Tetuán que todavía puede rastrearse en las hemerotecas, porque por lo visto nuestra casa se llenó de periodistas que acudieron a informar de la buena nueva.

Ocurrió dos años antes de que yo naciera, y para cuando aterricé yo en el mundo cualquier vestigio de aquella lluvia de dinero había desaparecido. No sé qué se hizo ni dónde fue a parar. Es cierto que habíamos pasado de vivir en la misma panadería a

hacerlo en una casa independiente, pero ésta era muy modesta e igualmente alquilada. Me consta que a mi madre le pirraba precisamente jugar a la lotería, pero no creo que llegara a perderlo de esta manera. Por lo que he escuchado a mis hermanas mayores, nuestro rápido regreso a la condición de familia humilde y del montón se debió a que en la panadería se daba fiado a todo el mundo y mucha gente se aprovechó, hasta el punto de que llegó un momento en que hubo que cerrar el negocio. Y es que la clientela era gente pobre, obreros todos ellos, y mi padre un ser demasiado desprendido y solidario. Mi madre muchas veces le advertía de que no se podía seguir fiando a este o a aquel, pero él se compadecía y lo seguía haciendo.

Mi vida infantil apenas traspasaba los límites de las calles adyacentes. Aunque la populosa Bravo Murillo estaba a tiro de piedra y era ya una de las arterias más animadas de la pujante ciudad, para los niños resultaba tan distante como La Coruña o Barcelona.

De mis hermanos yo me llevaba especialmente bien con Angelita y con Manola, y entre los chicos con Julián, que era muy inquieto y algo travieso. De esos momentos de la infancia que por alguna razón se te quedan grabados para toda la vida, recuerdo estar recortando unos papeles con las tijeras y venir Julián a disputármelas. Nos pusimos a forcejear, con la mala fortuna de que él se las acabó clavando en el cuello. Me pegaron una zurra…

Mi hermana mayor, Rosario, ejercía como tal, y era la única que se permitía contestar a mi madre y negarse incluso a cumplir las tareas que se le encomendaban. Supongo que ese genio y ese carácter no estuvieron de más cuando, poco después, las circunstancias la obligaron a suplir a nuestros progenitores. Rosario había heredado de mi padre la preocupación por los asuntos de la política.

Yo era una niña tranquila y no creo que diera muchos problemas. Me entretenía con cualquier cosa y me encantaba especialmente hacer vestiditos de papel (de ahí el episodio de las tijeras). De ese pasatiempo infantil nacería seguramente mi afición por la costura.

No tengo muy claro cuando comencé a acudir a un colegio ni puedo recordar mi primer día en una clase, pero sé que mi hermano Paco, que era muy inteligente, ejercía un tanto de maestro doméstico para los demás y fue él quien me enseñó a leer. Traía a casa cuadernos o libros para desbastarnos al resto de los hermanos.

Cuando comenzó la guerra civil yo tenía sólo cuatro años y medio. Mi padre, como he dicho, estaba empleado en una tahona. Mis recuerdos del conflicto son vagos, lo cual quizás sea lo más conveniente. Por supuesto no entendí en absoluto qué estaba pasando ni los motivos de fondo. Me suena haber escuchado tiroteos los primeros días, pero lo que tengo más grabado es acudir a dormir todas las noches sin falta a los andenes del metro, en la estación de Tetuán, para curarnos en salud frente a los bombardeos que sufría la ciudad. Allí nos concentrábamos una auténtica multitud, cada familia con sus colchones y sus mantas.

Tomamos esta medida preventiva tras negarnos a abandonar nuestro hogar, a pesar de que nos habían requerido para ello dado que el barrio se consideraba casi zona de guerra, y estaba siendo efectivamente muy machacado. Justo a la puerta de nuestra casa cayó un día un obús, y otra noche en la que por alguna razón nos habíamos refugiado en el sótano de una taberna muy cercana, fue a caer otra bomba en el inmueble. Unos vecinos nuestros, una familia con cuatro niños, fue borrada de la faz de la tierra en otra de aquellas incursiones de la aviación franquista. Nosotros mirábamos a veces aquellos aparatos de la muerte con ingenuidad infantil: «¡Mira, ya vienen los “mosquitos”!».

Para sortear el indudable peligro que acechaba a todos los madrileños de las barriadas populares, tanto mi madre como los ocho hermanos fuimos finalmente evacuados. Nos enviaron a Purchena, en Almería. Allí nos repartieron entre varias familias. Mi madre, mi hermana Manuela y yo estuvimos en casa de un señor, supongo que viudo, que a mí me parecía muy mayor y que tenía colgadas en el desván unas mazorcas de maíz de las que dimos buena cuenta. Era una casa bastante grande, con dos plantas, y aquel buen hombre se portó de maravilla con nosotras.

Aunque alojados, como digo, entre distintas familias, cada día nos reuníamos todos los hermanos, pequeño como era aquel pueblo donde creo que estuvimos sólo seis meses, porque no recuerdo que pasáramos allí ninguna festividad señalada.

Aquel forzado éxodo tuvo un episodio inolvidable, y es que en el viaje hicimos escala en Alicante y allí pudimos ver por primera vez el mar, que me causó la natural impresión. También me viene a la memoria que durante el trayecto nos dieron leche, que ya se había convertido en un manjar precioso. En el regreso a Madrid, en tren, hay que anotar otra anécdota de signo muy distinto: hubo una alarma de bombardeo, y al hacernos bajar y en el revuelo que se montó, nos robaron las maletas con nuestra ropa. Como quien dice, volvimos con una mano por delante y otra por detrás.

Del final del conflicto me ha quedado la imagen de ver desfilar a unos soldados del bando victorioso casi por la delante de mi casa. Uno de ellos se dirigió a mí y me dijo "niña ¿cómo se saluda?". Y yo, con la inercia de los tres años en "zona roja", alcé automáticamente el puño a la manera republicana. El soldado puso cara de pocos amigos e incluso echó mano al fusil, y mi hermana Teresa, que estaba junto a mí, trató como pudo de que el incidente no pasara a mayores.

Tengo que decir que a mí la guerra no me afectó sobremanera. Si fui una niña feliz o infeliz en aquel período –y creo que la cosa

quedaría más o menos en tablas– , no estuvo determinado por el conflicto. Nunca presencié un muerto, y creo que el hambre en casa no llegó a ser del todo acuciante; disponíamos de un kilo de pan diario, y supongo que el trabajo de mi padre aseguraba algún extra sobre las raciones estipuladas. Incluso recuerdo tener colgada en casa una cecina, aunque tal vez sea un espejismo mío. Lo peor fue el miedo a los bombardeos y las consiguientes carreras hacia los refugios cuando sonaban las sirenas, lo que ocurría día sí y día también.

Pero las consecuencias de la resolución del conflicto no tardarían en afectarme de lleno y muy seriamente. Nuestros padres fueron a parar con sus huesos a la cárcel no muchas semanas después.

Yo era muy cría y no puedo recapitular con rigor los hechos que llevaron a esa dramática coyuntura. Tengo entendido que todo derivó de la tahona donde había trabajado mi padre antes de la guerra. Según mis hermanas mayores, el propietario, un tal Prada, que simpatizaba con el bando franquista, había estado escondido durante el conflicto, y al finalizar éste acusaron a mi madre de haberle denunciado, aunque de hecho el tal señor nunca llegó a ser descubierto ni detenido. Puede que algunos de los antiguos vecinos que tenían deudas con mis padres quisieran de esta manera saldarlas. Ya se sabe que hubo muchos casos así.

Respecto a mi padre, creo que al principio le quisieron involucrar en una muerte ocurrida allí por la Almenara, en Peñagrande, pero eso se demostró falso y finalmente simplemente pagó por ser veterano militante socialista. Le atribuyeron auxilio a la rebelión. Mi hermana Rosario, que acudió al juicio, cuenta que dentro de la sala él no pudo evitar expresar algunos lamentos –“mis hijos, mis hijos”– y que le pusieron en la boca la gorra que llevaba para que se callara.

Aunque nuestro barrio era claramente un barrio de obreros, que yo sepa mi padre fue el único represaliado entre nuestros vecinos. En cambio sí fueron presas cuatro vecinas nuestras.

Nuestra situación, se entenderá fácilmente, pasó a ser auténticamente desesperada. Ocho niños solos, sin padres –yo con siete años–, todos prácticamente al cargo de una jovencita, mi hermana Rosario, que debía tener entonces diecisiete años y que tuvo que echarse la familia a la espalda. Además nos quisieron echar de nuestra casa al no poder pagar el alquiler. Si no se materializó el desahucio fue porque una vecina, que era madrina de Angelita, se compadeció y puso el dinero, ante los ruegos de Rosario. Con todo lo que mis padres habían ayudado siempre a los amigos menesterosos y en peor situación que la nuestra, nadie, ningún amigo, excepto esta vecina, se prestó a ayudarnos ni a avalar la honestidad de nuestros padres.

Aunque Rosario era la que normalmente acudía a las cárceles donde les internaron –en Yeserías mi padre y en la prisión de Ventas mi madre–, a llevarles ropa limpia, yo también pasé alguna vez por este trance. Era tan niña que no podía alcanzar a comprender bien qué ocurría, y mentiría si dijera que me causó mucha impresión verles entre rejas. Mi madre, la pobre, nos hacía zapatillas y juguetitos con los pocos materiales a su alcance en esas circunstancias.

La situación era de todo punto insostenible y hubo que recurrir a las familias de fuera. Nos repartieron. Cuatro hermanos se marcharon a Galicia con la familia de nuestro padre. Mi hermana Teresa y yo fuimos acogidas por la rama materna y desembarcamos en Arrabal de Portillo, un pueblo de Valladolid, en concreto en la casa de nuestra tía Josefa, hermana de mi madre, quien había enviudado poco tiempo atrás y estaba aún muy afectada por ello. La mujer había parido nada menos que 17 hijos, aunque sólo le quedaban vivos seis.

Casi una huérfana desde que habían encarcelado a nuestros padres, yo llegué a aquel pueblo llena de piojos. Me los quitaron untándome el cabello con petróleo, y pasé la peor noche de mi vida, invadida por los picores.

Aquella familia –les llamaban "los rojillos", por el color del pelo, un apodo francamente poco apropiado en aquel tiempo–, no marchaba nada mal. Tenían tierras, trabajaban todos en una alfarería de la que eran dueños, y no les faltaba nada de lo fundamental. Hacían su propio vino y mataban un par de cerdos al año, así que con ellos hambre no pasamos nunca. Pero las diferencias eran visibles y se hacían más tangibles en fechas como el día de Reyes. Suspiraba al ver los regalos que recibían mis primos. Mientras yo debía contentarme con unas castañas, una naranja y una manzana.

Poco después de llegar Teresa y yo se presentó nuestro hermano Paco, que entonces tenía doce años aunque estaba muy crecido y aparentaba más. Seguramente desesperado, en Madrid se había subido a un mercancías del que se había apeado a una considerable distancia de Arrabal. Buscando refugio junto a nosotras, había hecho el resto del trayecto a pie, pidiendo de pueblo en pueblo, y llegó con las plantas ensangrentadas y en condiciones lamentables. Lo que no ablandó en absoluto a nuestra tía, que lo rechazó con cajas destempladas. Tener a un tercer sobrino, otro hijo más de presidiarios, era mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir. A los ocho días le compró un billete de regreso y le mandó a la estación. Acabó en Galicia con los otros hermanos.

Mi tía y mis primos eran gente bastante seria pero no puedo decir que me trataran mal. Más bien al contrario. Yo al principio dormía con mi tía, en una cama enorme. Me decía: "Vamos a dormir, Antonia, divina y santa". También recuerdo que intervino en un incidente que tuve con unas niñas del pueblo. Eran mis amigas

pero un día decidieron darme de lado y una de ellas, recuerdo que estábamos a la entrada de la iglesia, remarcó el ostracismo con una bonita bofetada. Avisaron a mi tía, que llegó y, ni corta ni perezosa, le estampó un sopapo a la agresora. Para mí fue una grandísima satisfacción, de la que conservo un recuerdo muy bonito. Sola y casi huérfana como me sentía, me dije "tengo alguien que me defiende".

Esta es mi percepción, pero yo siempre he sido muy dócil y de buen conformar, y me consta que mi hermana Teresa, que al llegar a aquel pueblo tenía quince años y obviamente recuerda muchas cosas que yo no he retenido, tiene un recuerdo netamente desfavorable de aquella estancia nuestra en Arrabal. Aunque en años anteriores había pasado algún verano allí con la tía Josefa y los seis primos, en buena armonía, Teresa refiere que en aquel 1939 fuimos acogidas, o al menos lo fue ella, con evidente desagrado por parte de todos y cada uno de los integrantes de aquella familia. Que se avergonzaban de nuestros padres y que prácticamente pensaban que alguna culpa tendrían de haber terminado en presidio, por no hablar del pecado original de haber estado en el bando de los rojos.

Mi hermana dice que, a pesar de la economía saneada que existía en aquella casa, a ella la hicieron trabajar como una criada, acarreando los pesados cántaros de agua desde la fuente, barriendo y fregando a discreción, y limpiando zapatos a tutiplén. Habla de desprecios y de malos tratos, que en cierta ocasión la llevaron a vengarse de la mejor manera que encontró: orinándose en la frasca del vino que ella misma bajaba a rellenar a la bodega.

Con mi escasa edad, y a diferencia de Teresa, en aquella casa yo no tenía que hacer gran cosa. Limpiaba esto y aquello, enceraba los suelos, que eran de baldosas, lo que hablaba de la buena condición que ostentaban, y eso sí, llevaba las cabras al campo antes de entrar en el colegio.

Porque aunque creo recordar que había acudido, en guerra o poco antes, a un ateneo (supongo que sería un ateneo libertario), es en aquel pueblo donde sitúo mi primer día de clase. El maestro me sacó a la pizarra y me preguntó si sabía leer. Contesté que no, pero al interrogarme un poco más resultó que algo sí que dominaba. Obra sobre todo de Paco, que como he dicho se había preocupado de darnos alguna instrucción.

Me gustaba ir al colegio. Lo que nos daban era cultura general, un poco de esto y otro de aquello, pero se incidía sobre todo en la religión, con el firme concurso de un libro de historias de santos. Además participaba en el coro de la iglesia, donde cantábamos la misa en latín.

Por cierto que, hijos como éramos de un socialista, no estábamos bautizados. Nuestra familia de Valladolid decidió acabar de inmediato con aquella oprobiosa situación. Para que los vecinos no lo supieran, y de acuerdo con el párroco, a mí me sacaron de casa antes de que amaneciera. Recuerdo que me hicieron postrarme cuan larga era, primero en el atrio de la iglesia, luego a la entrada, y después en el centro. Debía ser una especie de exorcismo para sacarme el demonio inoculado durante los tres años de permanencia en la zona roja. Mi padrino de bautizo fue mi primo Alfonso, que acabaría siendo sacerdote, y mi madrina la propia tía Josefa.

Más tarde hice también la primera comunión. No fui de largo, como mis amigas del pueblo, y eso me produjo mucha congoja. Aunque sí me hicieron un vestido nuevo de seda, que recuerdo perfectamente, y estrené unos zapatos. Al terminar la ceremonia colectiva el párroco invitó a chocolate con bollos. Yo, que de algún modo me sentía incómoda y extraña, me despisté y me perdí el banquete. Tampoco tuve las tradicionales tarjetitas de recordatorio de aquel señalado día que se solían repartir entre familiares y amis-

tades. Alfonso, con su mejor voluntad, me trajo unas estampitas como recambio, pero aquello no me sirvió de consuelo.

Junto a mi tía y mis primos pasé cuatro años largos, casi cinco, durante los cuales nunca vi a mis otros hermanos ni a mi madre. Dada la acogida que la habían dispensado y su muy superior uso de razón, mi hermana Teresa sólo permaneció allí seis u ocho meses. Regresó a Madrid y fue a vivir con otra tía que trabajaba de portera en una finca por la plaza de Olavide. Supongo que mi tía Josefa mantenía una relación epistolar con mi familia y estaba al corriente de lo fundamental, pero yo no recuerdo ver ni una carta de los míos. Debo confesar que no les eché de menos y que, pese a la natural diferencia de trato, no tengo queja de cómo me trataron en aquel pueblo vallisoletano.

Regresé a Madrid con once años de edad. Vino a recogerme mi hermana mayor, Rosario, que estaba entonces embarazadísima. Todavía puedo vernos saliendo de la estación de Ópera. Desde allí tuvimos que ir andando hasta nuestra casa de la calle Acuerdo, sencillamente porque nos habían pagado el tren pero no nos habían proporcionado ni un céntimo más. Se ve que consideraban que ya habían hecho demasiado por mí.

Hacía ya mucho tiempo que mis padres habían recuperado la libertad, pero supongo que no habían tenido recursos para "repatriarnos" antes. Primero soltaron a mi madre y luego, en noviembre de 1940, a mi padre. En total creo que estuvieron presos un año y medio. De ese período tan penoso conservamos como un tesoro un escrito que mi padre remitió en mayo de 1940 al director de la prisión, donde, en el obligado lenguaje servil propio de su condición de preso, le rogaba se nos asegurase el acceso a la beneficencia que prestaba el Auxilio Social. El oficio dice exactamente así:

"Que encontrándose sus hijos menores, en número de seis, sin posibilidades económicas para subsistir y siéndoles necesario

retirar la comida diaria de la benéfica institución Auxilio Social, es por lo que suplica a Vd. se digne concederle, si a bien lo tiene, un certificado acreditativo de su permanencia en esta prisión, a los fines anteriormente indicados, significándole que también se encuentra detenida la esposa del solicitante, y que los referidos hijos son menores de catorce años".

Creo que resulta expresivo de nuestra situación entonces, y del sufrimiento que debieron padecer nuestros progenitores pensando en sus ocho desvalidas criaturas. El escrito se cierra con la fórmula protocolaria: "Gracia que espera merecer de Vd. y de su reconocida bondad, cuya vida guarde Dios muchos años para bien de la patria".

Las circunstancias de su liberación definitiva me son un tanto confusas. Contra mi padre no podía haber mucho más allá de su militancia socialista, y al parecer el individuo aquel al que supuestamente habrían denunciado durante la guerra tuvo finalmente la deferencia de declarar que no había habido tal, e incluso se ofreció a acudir a nuestra casa y prestar un aval. Rosario le seguía culpando de lo sucedido y dijo "como venga aquí le clavo un cuchillo".

Si soy sincera, no creo que mi regreso a casa supusiera una gran alegría para mis padres. No tengo un recuerdo de ser achuchada ni nada así. Nunca nos pegaban pero tampoco eran especialmente cariñosos, y en cualquier caso éramos demasiados hijos como para dedicar mucho cariño a uno en particular. Supongo que en aquella época la principal preocupación era sobrevivir y no puede decirse que en casa se respirase la alegría. Tampoco cundía en el país entero, al menos en esa mitad que había perdido la guerra.

El mejor recuerdo, el de las Nochebuenas todos juntos en torno a la mesa, dando cuenta de las cuatro gallinas que mi madre sacrificaba para la ocasión. Todos juntos salvo mi her-

mana Angelita, que se quedó en Galicia tras ser violada y embarazada por un primo sirvengüenza, con el que tuvo forzosamente que casarse.

Libre ya, mi padre comenzó a trabajar en el hipódromo, creo que dentro del departamento de Regiones Devastadas, pero no mucho después, y gracias a un primo hermano al que llamábamos el tío Antonio, Antonio Díaz, recuperó su oficio y entró en una panadería, lo que lógicamente venía de perlas para combatir la gazuza. Además, y más adelante, él y madre se las ingeniaron para vender pan de contrabando. También estuvo de guarda nocturno en unas pastelerías.

Todo lo anterior permitió precisamente el regreso paulatino de los hijos. Y nos puso a salvo, parcialmente, de algunas de las privaciones materiales a las que todo el mundo, salvo unos cuantos, estaba sometido. Recuerdo nítidamente a un señor que había salido de la cárcel acercándose a nuestra casa a pedir limosna, y a mi padre dándole un trozo de pan. Yo lo que más deseaba era tener Reyes, tener un muñeco. Estaba traumatizada por esta carencia.

En Madrid volví al colegio, sin ningún entusiasmo. Creo que acudí una época al mismo de mi futuro marido, en la Dehesa de la Villa, y luego al que llamaban "de la Bomba", por el Paseo de la Dirección, donde tuve una profesora muy cariñosa a la que acompañábamos a misa al salir de clase. Esta profesora, Mari Paz, era muy católica y fue por cierto la que tomó cartas para que mi hermana Manola, la más pequeña y que se había librado de este trámite, pasara por fin por el aro del bautismo.

No fui lo que se dice una estudiante ejemplar. Reconozco que no ponía demasiado interés y que éste se limitaba mayormente a leer, hacer las redacciones que nos ponían y practicar las cuentas. Luego ya fui a una academia por el barrio, donde por diez pesetas al mes nos impartían lecciones en grupo en un pequeño cuarto.

Mi educación fue pues bastante precaria y supongo que la mayor parte de la instrucción, poca o mucha, que pueda poseer, se la debo a la lectura, que esta sí ha sido una gran pasión mía.

A aquella edad, lo que yo quería ser de mayor era modista, que era la afición común a mis amigas. Como segunda opción, peluquera.

¿Un resumen de mi infancia? ¿Fui feliz o infeliz? Uf, no sabría muy bien qué decir. Creo que fue una infancia sencilla, como tantas otras, sin grandes episodios reseñables. Tal vez un tanto marcada por las miserias materiales.

Al irme haciendo mayor tuve que ir asumiendo más tareas en casa, donde por cierto comencé a tener mis roces con mi hermana Rosario, que siendo la primogénita ejercía un poco de jefa subalterna. A mí me tocaba todo lo que fuera de costura, más otras tareas diversas que en un momento dado me empezaron a parecer demasiadas. Comenzaba a sentirme un poco criada y me apareció la idea de trabajar fuera.

Mi primer empleo fue como vendedora de ropa en Saldos Arias, primero en la calle del Ángel y luego en la de la Montera, y luego entré en Uslé, una empresa de limpiezas cuyas oficinas creo que estaban en la calle Apodaca. Limpiábamos en unas oficinas que había en esa galería comercial que aún existe en el tramo de la calle San Bernardo entre Gran Vía y Santo Domingo, y también en las dependencias reservadas para los americanos en el Ministerio del Aire de la época, en Moncloa. Mis jefes enseguida me distinguieron con su confianza, y cuando nos encargaban un extra (limpiar en un domicilio particular o una faena especial), yo dirigía de algún modo la cuadrilla que formábamos tres o cuatro compañeras. Pero nos pagaban una miseria, ocho pesetas diarias. De lo que yo ganaba, eso sí, me quedaba con la mayor parte. Así me iba haciendo el ajuar para la boda.

Además de poco estimulante, este empleo era de jornada partida, unas pocas horas por la mañana (entraba a las seis) y luego otra vez a la tarde. Me distraía, salía de casa, tenía buena relación con las compañeras, pero desde luego este oficio no era lo que una podía desear. Por cierto que lo de que las mujeres jóvenes trabajasen no era, contra lo que pueda pensarse hoy, nada extraordinario.

Cuando regresaba a casa me tocaba coser todo lo que fuera menester, porque como digo esta labor doméstica me estaba reservada casi en exclusiva. Mi hermana Manola trabajaba en una tienda de artículos de cuero y traía composturas que compartíamos todos y suponían otro ingreso familiar. Además seguíamos trapicheando bajo mano con el pan de la panadería del tío Antonio.

Como mocita, nunca me faltaron amigas, casi todas vecinas del barrio. Eran Conchi, Valentina, Juana, Carmen. Todas se casaron muy jóvenes, con 18 o 20 años.

Nuestra distracción principal los domingos, que era el único día "de alterne", era salir a pasear. Recorrer arriba y abajo la calle Bravo Murillo, que tampoco nos aventurábamos más allá. Todo lo más nos comprábamos unas almendras, y en los días grandes nos metíamos en alguno de los cines, en el Europa o en el Cristal, que creo que costaban una peseta.

Mi padre estaba siempre pendiente de por dónde andaban sus numerosas hijas, y creo que enviaba a mi hermano Paco de vigilante, porque era raro que no nos topáramos con él de una manera u otra.

Yo salía especialmente con Carmen, cuyo padre me miraba con buenos ojos porque decía que era mejor chica que las otras. Carmen era una morena muy guapa, y como creo que yo tampoco estaba nada mal, debo decir que no nos faltaban los moscones. Nos piropeaban a base de bien. Sobre este género nunca he olvidado

la galantería que años después me dirigieron desde un cuartel, cuando yo aún vestía de negro por la muerte de mi padre: "¿Qué habrá pasado en el cielo que la Virgen está de luto?".

¿Pretendientes? Pues había uno que se llamaba Antonio, trabajador en una fábrica y que se empeñaba en irme a buscar a la academia que he referido. Era muy pertinaz.

Pero no hubo ocasión para otros posibles competidores. Muy pronto, con sólo dieciocho años, conocí al hombre de mi vida.

Ramón era casi de la familia. Su hermano Manolo se había casado con mi hermana Rosario, y como tal su acceso a mi casa era fluido y frecuente. Al principio era un chavalín, pero lógicamente le fui viendo crecer. Hablaba por los codos y mi padre se mondaba de risa con él y le tenía en alta estima, tanta que Rosario a veces se enfadaba sordamente porque le trataba mejor que a su propio marido.

A mí me parecía un chaval muy majo. Vestía con mucha corrección y no estaba nada mal en lo físico. Una noche estábamos Carmen y yo sentadas al fresco y le vimos pasar. Mi amiga exclamó: "¿has visto cómo se ha puesto este Ramón?". Yo corroboré sin dudar: "Ya lo creo, se ha puesto estupendo".

Además tenía detalles deliciosos. En una ocasión yo comenté que me parecía que fumar hacía a los hombres más interesantes, y al poco estaba él enseñando cajetilla y tratando malamente de iniciarse, entre toses, en el vicio. Entre conmovida y divertida, tuve que pedirle que olvidara la tontería que me había escuchado.

El día que mi futuro marido Ramón libraba, solía salir con su hermano y mi hermana. Acudían al cine o a algún espectáculo, y el círculo sobre nosotros comenzó a estrecharse más cuando una tarde mi madre, que también se apuntaba a menudo a estas distracciones, me dijo "¿por qué no vas tú hoy con ellos?".

Mi padre no llegaría a verme ante el altar. En el verano de 1954 ya le veíamos muy desmejorado. Mi hermana Rosario, que siempre tuvo muchas ínfulas de doctora, decía que debían hacerle un sangrado. Pese a esta preocupación, mi madre había planeado un viaje a Galicia para visitar a mi hermana Angelita. Yo le hice ver que tal vez no era prudente realizarlo, estando padre (por supuesto los hijos le llamábamos de usted) tan aparentemente debilitado Efectivamente logré que recapacitara y, para no perder el billete del tren, que estaba ya pagado, la que marché fui yo. Estando allí recibí una noche la fatal noticia: había fallecido repentinamente, de un derrame cerebral, en la pastelería de la calle Alcalá donde trabajaba como guarda por las noches.

No me fue posible regresar a tiempo para el entierro. Ese verano hizo un calor terrible. Por lo que me han contado, el cadáver manaba líquidos por todos los orificios, la caja incluso se había encharcado, y era urgente darle sepultura.

Lo hicieron en el cementerio de la Almudena, primero en una sepultura común, pero a los tres meses mi hermano Paco compró una perpetua, donde trasladamos sus huesos.

Lo que son las cosas… con tantos hijos que tuvo y esa sepultura, que fueron a compartir años después mi madre, mi hermano Paco que la sufragó, y dos sobrinos, ha estado en unas condiciones lamentables, prácticamente ruinosa, hasta fecha reciente. Sobre 2011 la hemos reconstruido y adecentado por fin. Ahora luce decente y en condiciones, con un pulido granito gris muy bonito. Rehabilitar esa última morada de ellos nos ha quitado un peso de encima y me siento muy orgullosa de haber podido resarcir este calamitoso abandono.

Aunque ya he contado que mis padres se querían con locura, mi madre reaccionó con fortaleza a la pérdida.

Yo guardé el correspondiente luto hasta después de casada.

Ramón en brazos de su madre y con sus hermanos Manolo y Marina. Hacia 1932.

Ramón a los 12 años, cuando entró en el cine Avenida.

Ramón en 1947.

Antonia (abajo a la izquierda), con dos años, junto a sus hermanas Angelita y Ventura.

Antonia con su hermana Manola, durante un día de campo, sobre 1943.

Estrenando noviazgo, en 1950.

El día de nuestra boda.

En Madrid o en Noruega. Siempre juntos.

En Nueva York.

La primera nieta.

En las cataratas de Iguazú.

Toda la familia, durante la celebración de nuestras bodas de oro.

Nuestras nietas Laura, Teresa, Irene y Aída, y nuestro nieto Félix.

En Sevilla,
durante nuestra luna de miel.

Bautizo de nuestro hijo Ramón, con la tía Marina y el tío Julián.

¡Y van tres!
(1960).

Foto para el carné de familia numerosa.

Delante de nuestra casa de la Calle Aranjuez, con Marina y Jacinta.

Nuestros hijos….y el SEAT 600.

Vacaciones. En Garrucha y en el pantano de San Juan.

.A.L
.A.L

RAMON Y ANTONIA

El primer día que una pareja sale sola no suele olvidarse, y desde luego no le ha ocurrido a la que forman Antonia y Ramón. La inolvidable cita tuvo lugar exactamente el 23 de enero de 1950, y para tal evento acudieron a ver "Los Vieneses", una obra de teatro con Franz Johann que ponían en el teatro Madrid de la plaza del Carmen. La emoción del momento es tanta que Ramón se deja las localidades en casa y pasa un mal rato al darse cuenta del hecho y tener que explicárselo a su pretendida. Pero no iba a chafarse tan magna ocasión por un detalle trivial. Con la debida explicación, y dado que las localidades eran numeradas, el personal del local no puso problemas para franquearles la entrada.

Quedaba inaugurado el noviazgo.

Antonia es entonces una jovencita de dieciocho años que limpia en oficinas y pocas veces se ha aventurado más allá de los límites de su barrio. Ramón la saca dos años y tiene ya un extenso currículum laboral y varias ocupaciones que le dejan muy poco tiempo libre pero le colocan en situación de encarar el futuro con moderado optimismo. Cuenta con todas las bendiciones de la familia de su pretendida y con un inmejorable aval: al fin y al cabo, él y Antonia ¡son cuñados!

Los novios se ven sólo cuando los trabajos de él lo permiten, y lo más común es que paseen o acudan a algún cine. A menudo les acompaña la madre de ella en funciones de carabina. Ninguno de los dos es muy de ir al baile.

El noviazgo durará seis años y medio. El solemne enlace tiene lugar el cuatro de junio de 1956. Tres días antes, el Partido Comunista de España ha emitido el manifiesto "Por la reconciliación nacional", en el que apuesta por superar el abismo entre los dos bandos enfrentados en la guerra civil. El Real Madrid se prepara para el partido contra el Stade Reims que le dará su primera Copa de Europa, y en México es detenido Fidel Castro, quien ya preparaba desde allí el derrocamiento de la dictadura cubana de Batista. En Madrid, y sólo cuatro días después, otra boda acaba en tragedia: 16 personas mueren, y 33 resultan heridas, al hundirse el piso de la sala de fiestas donde se celebra.

El matrimonio de Antonia y Ramón se lleva a cabo, sin sobresaltos como el mencionado, en la iglesia de Nuestra Señora de la Victoria, en la calle Azucena, en Tetuán. Ofician de padrinos el hermano de ella, Paco, y la única hermana de él, Marina.

El banquete es sencillo pero nada íntimo: asisten ciento cincuenta y dos invitados. Familiares, amigos, algún cliente del Chumbica, y compañeros del servicio militar. Se celebra en Casa Antonio, al final de Raimundo Fernández Villaverde, por donde hoy está El Corte Inglés. Son los primeros de sus respectivas familias en celebrarlo en un restaurante. Entre los regalos a anotar, las mil pesetas que les obsequia el jefe de Ramón, o las quinientas con las que se estira el "tío rico", el dueño de la panadería, el tío Antonio Díaz. Sin olvidar los anillos que les regalan Marina y su marido Ángel. Cierran esa jornada inolvidable acudiendo al teatro Lara a ver "La herida luminosa".

Para la luna de miel, algunos amigos han contribuido para otro estupendo regalo. Les pagan un pasaje de avión hasta Sevilla, lo que tiene mucho mérito no sólo por el dinero que cuesta sino porque además no resulta fácil conseguirlo por mucho que se disponga de efectivo. Lo consiguen, de hecho, valiéndose de una influencia. Va a ser el bautismo de aire del nuevo matrimonio.

Pasan algo menos de dos semanas entre la capital del Guadalquivir y visitando Jerez, Cádiz y Rota. Entran en la base de Rota como Pedro por su casa, seguramente porque lucen muy buenas pintas (Ramón trajeado y con pajarita, como acostumbra siempre que la ocasión lo merece, y Antonia de rubia y con un moño muy "chic"). Tanto es así que, yendo en un tren, una señora un tanto tronada les pregunta si no serán Rainiero y la Grace Nelly, que se han casado dos meses antes. ¡En qué estaría pensando aquella buena mujer! Que por cierto les facilita una rocambolesca receta casera para combatir las almorranas.

La nueva pareja tiene toda una vida por delante, y asideros materiales que podrían considerarse suficientes. Ramón ha perdido el trabajo en el "Chumbica" por el cierre del establecimiento, pero el dueño del local, don Félix, le ha empleado unos meses antes en el bar del cine Avenida, donde pasa las tardes enteras. Y por las mañanas está en una bodega en la calle Pacífico. Es un negocio de venta a granel, propiedad del dueño del anís "TicoTico", donde despacha al público.

Antonia deja de trabajar como limpiadora, no precisamente por propia voluntad, aunque no puede decirse que esa profesión le gustase. El Estado premia a las mujeres que dejan el trabajo para dedicarse a criar una sana y honrada familia española, y recibe mil quinientas pesetas. Ramón también es premiado con mil pesetas.

Con estas aportaciones, pero sobre todo con lo que les presta don Félix, han conseguido su primera casa. Les proporciona el contacto, les avisa que se ha quedado vacía, Rosa, una que vendía tabaco a la puerta del Chumbica. Y no es flaco favor. Conseguir vivienda en la capital es por entonces una tarea bien complicada.

Se trata de una casa baja y está en la calle Aranjuez, en la parte baja de Alvarado, así que la pareja no ha tenido que abandonar el que ha sido para ambos su barrio de toda la vida. Es una modestísi-

ma casa de unos veinticinco o treinta metros cuadrados, con comedor, dos habitaciones, cocina y váter. Todo, como puedo comprenderse, de dimensiones más que reducidas. Pagan dieciséis mil pesetas de traspaso (más o menos el equivalente al salario de ocho meses), más las ciento cincuenta de alquiler mensual.

En el bar del Avenida, al que finamente se le llama también "ambigú", Ramón está de encargado. Los dueños de la concesión pasan por allí cada tarde para asegurarse de que todo se hace como es debido. A su cargo tiene una empleada con la que comparte el mostrador. Se llama Jacinta y servía hasta entonces en casa del jefe. Llegarán a tener tal grado de amistad que años después la nombrarán madrina de su única hija. A su antecesora, Manola, la han despedido por meter mano en la caja. La plantilla se completa con los cinco chavales que venden a comisión dentro de la sala. Hay dos sesiones diarias, y los domingos tres. Ramón cobra unas ochocientas pesetas al mes, algo más de lo que se suele pagar en otras salas.

El bar cuenta con mesas para tomar las consumiciones tranquilamente, y el aforo es de dos mil localidades. Años después habrá que reducirlo hasta las 1.800 por una notoria y saludable razón: el español medio ya no es tan bajito y enclenque como antes, y demanda unas butacas más espaciosas.

Acudir a un cine de la Gran Vía sigue siendo prohibitivo para el ciudadano medio. La butaca principal cuesta diez pesetas, ocho las posteriores, y cuatro pesetas las localidades más alejadas de la pantalla. En aquellos años ir a una de las salas de la emblemática calle madrileña constituye casi un distinguido acto social. No es sólo ver un filme sino al mismo tiempo alternar y dejarse ver. De la alcurnia del público mayoritario que asiste da cuenta el rótulo que suele exhibirse antes de que comience la proyección: "Se ruega a las señoras se quiten el sombrero durante la función".

Con todo, el Avenida no es el mejor cine de la zona ni el que obtiene mayores recaudaciones. Le aventaja el Callao, que suele conseguir los mejores estrenos porque la propiedad sólo se queda con el diez por ciento de la taquilla, mientras el Avenida se reserva el cuarenta por ciento.

También el Palacio de la Prensa y el Capitol atraen más público. El vecino Palacio de la Música está especializado en cine español y años atrás tuvo un gran éxito con "Raza", la película cuyo guión escribió el propio Franco. El gran éxito del Avenida en esos años es "Testigo de Cargo", con Tyrone Power, mientras que se llevan un gran chasco con "La tentación vive arriba", a pesar de que es el único cine que la proyecta, porque entonces los estrenos son en rigurosa exclusiva. Tienen que retirarla a las dos semanas porque apenas acude público. Con la fama que adquiriría la Monroe años después…

El bar es un empleo estable, pero hay que buscar ingresos suplementarios.

Con tal objetivo, seis meses después de casados afrontan otro desembolso y se hacen con un motocarro. Ramón ha canjeado unas vacaciones para tener tiempo y dinero para sacarse el carné. La fecha de tan importante hecho tampoco puede caer en el olvido: 23 de enero de 1957. Y no resultará un día propicio para adiestrarse en la conducción: ha caído una nevada extraordinaria en Madrid. El dueño de la bodega le ha inducido a motorizarse con el acicate de que le proporcionará ingresos extra repartiendo su mercancía. El flamante vehículo, moderno y de patente española, es de la marca "Huracán" y ha costado la bonita suma de 33.000 pesetas, que pagan en plazos mensuales de 1.775. Sin duda una pasta, si se considera que entonces un billete de metro son diez o quince céntimos, y el litro de aceite está a ocho pesetas. Hay motocarros más baratos, pero este es más avanzado.

Pobres, pero ya están mecanizados. Son los reyes del mambo. Lo que disfrutarán en el futuro sus hijos con este ingenio… Mientras les dura, porque unos años después, ya había nacido Asun, bajando por la cuesta de Santo domingo, Ramón pierde los frenos y está a punto de sufrir un accidente bastante serio. Recapacita. No debe exponer a la familia a que le pueda pasar de nuevo algo así con un vehículo tan precario.

Por supuesto que quieren tener hijos. Los que Dios les mande. Hay gente que toma medidas para evitarlos, pero no es su caso. Y el primero no tarda en llegar.

Ramón viene al mundo el 23 de marzo de 1957. Han pasado casi exactamente nueve meses desde que se casaron. Cabe pensar que ha sido concebido en algún punto de la gira andaluza de la luna de miel. El bebé asoma la cabeza en la maternidad de Nuestra Señora de Fátima, en la calle Vizcaya, cerca de Delicias, la que correspondía y donde nacían la mayoría de los niños entonces. Y la asoma con bastante dificultad. Las enfermeras son muy cariñosas pero el parto muy doloroso, para empezar la serie.

Que deja además secuelas. El primogénito no quiere mamar y a Antonia se le ponen malos los pechos y hay que sajarlos.

Sus familiares más próximos les envidian. Las tres hermanas mayores de Antonia sólo están teniendo hembras, y el hermano de Ramón lo mismo. Éste le felicita con el añadido: "qué suerte tienes". En aquellos años el concepto de feminismo debe estar aún por germinar.

El segundo vástago, Antonio, tampoco se hace esperar. Se estrena en sociedad el 1 de noviembre de 1958 en la maternidad de O'Donnell, y su alumbramiento viene precedido por un cierto incidente doméstico. Temiendo que se reproduzcan las complicaciones posparto y que deba volver a guardar cama, pero también por ahorrar en peluquería, Antonia ha decidido unilateralmente

cortarse su larga melena, sin duda una de sus señas de identidad físicas más marcadas. Despechado por no haber sido consultado, su marido se afeita el bigote en justa represalia. No volverá a dejárselo.

Ramoncito apenas cuenta con un año de edad, pero parece sufrir el síndrome del príncipe destronado. Ya había conseguido dejar de mearse encima, pero ahora volverá a las andadas.

Asun se une al grupo el 31 de enero de 1960, curiosamente el mismo día en que su futuro compañero, Luis, nacido justamente dos semanas antes, está siendo bautizado en una iglesia del mismo barrio de Cuatro Caminos, que compartirán sin saberlo durante el primer año de vida de ambos. El parto ocurre un domingo, tras salir de misa, y resulta bastante más sencillo que los anteriores, aunque la niña presenta una tembladera persistente que se prolongará durante horas. Antonia lo atribuirá al estrés que ha padecido durante todo el embarazo por causa de toda su doble y ajetreada actividad como madre y ama de casa. Sea o no cierto este extremo, los nervios formarán parte del carácter de la recién llegada durante toda su vida.

El nuevo bebé llevará el nombre de la mujer de don Félix. El frenesí reproductor continuará hasta la llegada de Félix, el 21 de abril de 1961. Nuevamente se honra al patrón del Avenida poniéndole su mismo nombre de pila. Curiosamente, y como si fuera un exponente del desgaste producido por tanto y tan seguido embarazo, cada uno de los hermanos ha pesado cien gramos menos que su predecesor.

Félix trae un inesperado regalo. Con tanto y tan continuado parto, a Antonia se le ha desviado la matriz. No podrá traer más hijos al mundo. Los médicos se lo comunican compungidos, pero ella se dice para sus adentros: “Qué bien”. Porque todos los hijos han sido bienvenidos, pero ¡tan seguidos!

Con tanto nuevo habitante, la vivienda de la calle Aranjuez se ha convertido en una ratonera. Los niños duermen repartidos en dos literas en el comedor, al que se accede desde la puerta de la calle. Asun comparte el otro dormitorio, separada de sus padres por una cortina tendida.

La casa es húmeda, se pasa frío en invierno y calor en verano, y es frecuentada por visitantes nada gratos: cucarachas… y hasta ratas. En cierta ocasión se hunde el techo de la cocina y, hasta que el casero arregla el estropicio, improvisan un panel de papel o cartón para impedir esas pavorosas intrusiones. Al menos tienen agua corriente, lo que no es habitual en el vecindario, que se surte de las fuentes públicas. Pero incluso este "lujo" tiene su inconveniente: para pagar menos luz, Enrique, el entrañable vecino tapicero, tiene trampeada la acometida, y cada vez que acuden al grifo se llevan un calambrazo de aúpa. El váter es sólo eso, la taza. Para bañarse se han hecho con un enorme barreño de cinc, que cuelga de un clavo en la pared. Lo llenan con agua calentada al fuego, y en él se sumergen uno tras otro, una vez a la semana y siguiendo el turno establecido, los cuatro hermanos.

Según van alcanzando la edad escolar, los cachorros López van incorporándose a un centro de la zona. Acuden primero al colegio Hernando, en la calle Olite, a cinco minutos de casa, un centro tan modesto que no existe una estructuración por niveles de estudios. Sólo existe un aula, y dentro de ella se divide a los críos por filas entre los más pequeños, los párvulos y los de ingreso.

En esta precaria institución recibirán sus primeras lecciones de disciplina. La gran amenaza que esgrimen los maestros frente a los díscolos o los renuentes a la hora de cumplir las obligaciones escolares es mandarles al cuarto de las ratas, algo que los infantes se toman a guasa hasta que una mañana pueden ver con sus propios

ojos como un roedor de considerable tamaño se guarece en el cuarto que hay bajo la escalera de acceso.

La estancia en el colegio Hernando resulta muy breve. El siguiente curso lo comienzan en el San Juan Bosco, en la calle Doctor Bobillo, desaparecida tiempo después en una de las remodelaciones de ese sector de la ciudad. Se encuentra en un enorme chalet sito en la selecta urbanización de la colonia Maudes y, a despecho de la situación económica de la familia, se trata de un colegio privado y de pago. El director es amigo de Ramón y les ha hecho un precio.

Durante un año los cuatro hermanos acuden juntos y sin supervisión adulta a sus clases, atravesando la glorieta de Cuatro caminos y pasando luego por delante de la imponente silueta del Hospital Obrero, al que su padre se asomaba de niño, cuando la guerra, para ver llegar las camionetas con los heridos y fallecidos del frente. Como si quisieran demostrar ante los demás o ante ellos mismos su independencia y personalidad, los hermanos apenas comparten las horas de recreo, e incluso suelen hacer el camino cada uno por su lado.

Asun se desgaja enseguida del grupo para ingresar en el colegio Mirasierra, que está en una calle paralela y es solo para chicas. Enseguida destacará de forma notoria en los estudios. Con tres años prácticamente ha aprendido a leer. Al separarla de sus hermanos, una profesora del San Juan Bosco ha comentado a los padres “me habéis quitado a la mejor”.

También aprende a nadar enseguida; tanto que cuando acuden a la piscina Victoria hay quien la llama “la sirena”. Siendo niña, además de menos revoltosa es la más cercana a su madre y la que más hurta tiempo al juego para compartir momentos con ella. Pero aunque es el único elemento femenino en esta cuadrilla infantil netamente varonil, está perfectamente integrada con sus hermanos y, cuando resulta necesario, sabe hacerse valer.

Las finanzas familiares presentan similares estrecheces a las estrictamente físicas que sufren en el reducido hogar familiar. Y ello por más que el cabeza de familia trabaje todos los días de la semana sin apenas libranza. Por aquellos años ingresa ochocientas pesetas mensuales en el Avenida, y cuatrocientas pesetas más en la bodega de Pacífico, aunque en 1962 la abandona para aceptar un trabajo mucho más estable y mejor remunerado como encargado en el bar Yucatán, de la muy lucida glorieta de Bilbao.

Aunque medio o casi todo el país están igual o peor, resulta imposible ahorrar un céntimo. Antonia se viste con la ropa que va dejando la ínclita señora Asunción. Y gracias, porque aunque tenga que arreglarlos son vestidos de notable calidad, que realzan su figura. Siempre sale a la calle muy compuesta, y nunca en bata como hacen otras. Alta, siempre muy derecha, aunque inevitablemente tímida, los hijos presumen de madre guapa. Y eso que sólo se pone barra de labios hasta que, por uno de sus cumpleaños, su marido le regala rimel, sombra de ojos azul y pestañas postizas. Es precisamente Ramón padre quien la maquilla las pocas veces que salen a pasear juntos. La miopía de Antonia no le permite acicalarse sola ante el espejo.

En todos los órdenes de la vida la consigna es no gastar más de lo indispensable. Antonia compra a diario lo justo para el día: cuarto y mitad de fideos entrefinos para hacer la sopa; mitad de cuarto de María Fontaneda para acompañar al café de la mañana… Aún así trata de arañar una peseta para comprarles a los niños un merengue en un puestecillo del mercado de Maravillas, donde se surte. Una infausta jornada decide mandar sola a la niña y cuando ésta regresa a casa, y está esperando a cruzar un semáforo, se le desliza de la bolsa de la compra un enorme bote de leche condensada que formaba parte de la comanda, el cual sale rodando hacia la calzada. Murphy y su ley se ponen en marcha inmedia-

tamente. Pasa un coche que pulveriza tan preciado envase. A la pobre Asun el mundo se le abre bajo los pies. Presiente una tremenda reprimenda materna, que se verificará sin remedio. Y es que de un bote de leche condensada de formato grande, como el fenecido, se obtiene el desayuno para toda una semana.

La economía de guerra se extiende también al vestido y los complementos. Si el calzado de la niña se queda pequeño, se le pide al zapatero que recorte la parte delantera y lo reconvierta en unas sandalias. La primera comunión, en 1967, la hace de monja porque el traje de organdí que llevan el resto de las niñas cuesta muy caro. Y aún así su madre aprovechará la tela para sacar dos vestidos y una falda. Sus hermanos reciben la primera hostia (con perdón), con el mismo y hereditario traje de marinero. Y la única comunión que se celebra fuera de casa es la de Félix, en 1969. Acaban de inaugurar el Parque de atracciones de Madrid y toda la familia decide darse un homenaje. Los niños dejan bien pulidos los asientos de todas las atracciones que, en estado de éxtasis, van probando una tras otra.

Madre de cuatro hijos con sólo veintinueve años, con un marido pluriempleado al que ve lo justo, y pendientes ambos de la exigua cuenta bancaria, la vida de Antonia no es nada fácil, por decirlo en términos suaves. En otro ámbito de cosas, el matrimonio parece haber distanciado a la pareja de los amigos y los parientes. Antonia sufre porque sus hermanos no van nunca a visitarla, y eso que le consta que algunos han visitado una tienda de muebles de las inmediaciones (se ha enterado por alguna vecina).

Está tremendamente agobiada. Entre dar de comer y atender a las cuatro fieras, ir al mercado de Maravillas, hacer las cosas de la casa y lavar la ropa, no queda un momento libre. Lo de la colada es especialmente fatigoso: además de los pañales, por el oficio de cara al público de Ramón hay que lavarle la camisa (se la cambia

dos veces por jornada) y otras prendas a diario. Menos mal que poco después de nacer Félix han adquirido una lavadora Hoover, pero ésta dista de hacer el trabajo sola. Por cierto que la casa carece de patio donde poner a secar la ropa. Hay que tenderla a la entrada, en la misma calle, sobre una cuerda sujeta con una horquilla.

El esparcimiento de Antonia resulta el mínimo e indispensable. Los días de fiesta saca a los niños de paseo por Bravo Murillo y les compra un helado de churrito o una bolsa de palomitas en los almacenes SARMA, en la glorieta de Cuatro Caminos. Ella no se obsequia con nada, porque las cosas no están para más dispendios que los imprescindibles. Los domingos les lleva a misa, pero las cuatro bestiecillas no aguantan quietas en los bancos y no hay quien les meta en vereda. En un país que está viviendo un auténtico boom demográfico, el párroco llega a decirles a las madres con varios hijos que les disculpa de acudir al oficio, dado el follón que arman y lo que distraen al resto del rebaño.

Durante la primera infancia de los niños, sólo la tía Marina echa una mano bastante a menudo. Les saca de paseo y acude a veces al colegio a recogerlos. Ella es la madrina de Ramón, y su marido Ángel el padrino del segundo de los hermanos, lo que asegura a éstos dos regalos extra el día de Reyes. La pareja, que no tiene hijos, está encantada con los sobrinillos y se presta con agrado a compartir sus juegos. Cuando acuden a visitarles a su casa de la calle Ponzano, el tío Ángel, que trabaja como delineante en Papelera Española, suele regalarles preciados objetos relacionados con su oficio: gomas de borrar, lapiceros, alguna regla…

Es un hombre singular. Conduce coches antiguos y especiales: un Iseta de puerta delantera, y otro muy parecido al que utiliza Eliot Ness en el afamado telefilme. Es de los pocos de su generación con un empleo que ha requerido estudios. Su talón de Aquiles está en el físico poco agraciado con que le ha obsequiado la

naturaleza. Delgadísimo, calvo y por lo demás bizco, es víctima por ello de algunas burlas no siempre cariñosas.

Marina y Ángel viven con notable desahogo. Disponen de saneados ingresos y alternan bastante. Pero les van a perder por una de esas enojosas y a la postre triviales cuestiones, tan frecuentes incluso en las mejores familias.

A ella la diagnostican unas molestias y la ingresan en el hospital para hacerle una biopsia. Antonia, que otras veces la ha acompañado a las consultas, esta vez no acude a visitarla, tan ocupada como está. Y Marina se molesta. No lo manifiesta directamente, pero se cuida de hacerlo saber a través de una vecina. Y Ramón se enfada a su vez por lo que entiende una extralimitación de su hermana.

Se abre un distanciamiento que durará tres décadas.

La otra pareja a quien el matrimonio de Antonia y Ramón frecuentan por aquellos años es la que forman la hermana mayor de aquella, Rosario, y el único hermano de Ramón, Manolo, que tanto tuvieron que ver en su mismo enlace.

Rosario y Manolo viven en una casita independiente del bario de Manoteras, y disfrutan de un verdadero lujo asiático para la época: tienen piscina, lo que convierte las jornadas de visita en toda una fiesta para los cuatro hermanos. Y para sus primas Vicky y Charo, varios años mayores y que tienen en ellos a unos juguetes de carne y hueso.

El tío Manolo es viajante de comercio, y entre su mercadería está algo que a sus sobrinos les encanta: las figuritas que se colocan en los roscones de Reyes. Entonces no lo sabe, pero las cosas se le irán torciendo en el futuro. Perderá primero su empleo como viajante, y tampoco le irá bien después como encargado de una pastelería ni en un bar donde Ramón le ha colocado.

En 1964 –la fecha no es para olvidarla: cinco de febrero– la suerte viene a sonreír espléndidamente a la familia. Aunque profesa un recelo evidente hacia los juegos de azar, fruto de la desmedida y en su opinión desaconsejable pasión que su propia madre manifestaba hacia ellos, Antonia ha canjeado el reintegro de un boleto de la lotería por un nuevo décimo. Por cierto que el lotero, de una administración de la calle Almansa, se ha equivocado al devolverle las vueltas y le ha dado dinero de más. En lugar de aprovecharse de la coyuntura, Antonia se lo hace ver, y el señor, lejos de mostrar agradecimiento, reacciona con cierta irritación, quizás por haber quedado en evidencia ante el resto de la clientela.

El día del sorteo, un compañero del Yucatán va cantando los números premiados, y a Ramón le suena poderosamente uno de ellos. Excitado, llama a Antonia para que lo compruebe. No hay error ¡Les ha tocado el segundo premio de la lotería nacional! Cien mil pesetas del ala. Casi nada: aproximadamente la mitad de lo que cuesta una vivienda por aquel entonces.

La balanza de pagos de la familia experimenta el natural y milagroso saneamiento. Devuelven al señor Félix el dinero que les prestó para el traspaso de su vivienda, y acceden a uno de los grandes sueños del español medio de la época: se compran el inefable Seat 600, orgullo de la industria nacional. De segunda mano, eso sí, porque además de oneroso económicamente, el histórico vehículo resulta difícilmente accesible incluso para quien tiene para pagarlo. La lista de espera para hacerse con uno nuevo se pone en dos años. Y eso que viene a costar unas setenta mil pesetas, el sueldo medio anual, dicen las estadísticas, de una familia de la época.

Con el dinero de la lotería deciden tener un detalle con una vecina inválida, la señora Carmen, que apenas puede pisar la calle

y viene prestándoles un meritorio servicio desde hace años, quedándose a cargo de los niños más pequeños cuando Antonia acude al mercado. Se trata del cumplimiento de una promesa que parecía irrealizable: cuando acudió a comprar el décimo, Antonia le ha dicho que tiene un presentimiento y que, si se cumple y le toca, le comprará un televisor. Así lo hacen. La entregan ocho mil pesetas para que ella misma escoja el modelo.

Y no van a tener que envidiarla mucho tiempo.

Porque el segundo premio de la lotería nacional no va a ser el único golpe de suerte. Antonia parece tocada por la fortuna. Por unas compras que ha hecho en los Almacenes Capitol, en la Gran Vía, le han obsequiado con unos boletos para una rifa. Un día está en casa y aparece el cartero. Trae una carta, y la misma tiene el remite de los almacenes. A Antonia le da un vuelco el corazón. Pero el cartero pone una objeción: aunque la dirección es la correcta, como destinataria figura "Antonia Díez" y no "Antonia Díaz". El probo y escrupuloso empleado de Correos duda en entregársela. Antonia casi le quita la carta de las manos.

La abre con la natural ansiedad. Y el premio es… ¡un flamante televisor! Un bonito mamotreto de la marca Chrone. Son de los primeros en el barrio en acceder a ese artículo casi de lujo.

En tan sólo unos meses, a los suertudos López-Díaz, que viven con lo justo y no gastan un duro de más, les han caído literalmente del cielo los dos artículos de consumo más codiciados por el personal. Los niños dan saltos de alegría con la irrupción del ingenio catódico. En adelante podrán alardear con los otros chiquillos del barrio y comprar sus voluntades y agradecimientos invitándoles a casa para ver los programas que causan sensación: "Bonanza", "El virginiano", "Caravana", "Viaje al fondo del mar", "El show de Lucille Ball". El infantil público se sienta delante del ingenio como si estuvieran en el cine, formando tres

filas sucesivas y empuñando el bocadillo de pan con chocolate o chorizo de Pamplona.

Como si encontrara una analogía con su propia situación, el telefilme que a Antonia le gusta especialmente es "Los nuevos ricos", esa serie americana sobre los componentes de una familia de granjeros prototípicamente rústicos que se han hecho millonarios tras descubrirse petróleo en su parcela, y a bordo de su estrafalario carromato se mudan a Beverly Hills, donde a despecho de su nuevo estatus seguirán comportándose como unos perfectos gañanes.

Las extenuantes jornadas de trabajo de Ramón no le permiten beneficiarse de la nueva adquisición. Un día un cliente remeda en el bar la entonces famosa frase –"Yo sigo…"– que ha popularizado un nuevo humorista, Joe Rigoli, en sus exitosas apariciones televisivas. Ramón no entiende nada y no le encuentra la gracia. "Pero hombre ¿es que no ves la tele?", le dice extrañado el parroquiano.

Tampoco Antonia dispone de mucho tiempo para ponerse delante de la pantalla, pero tener a los niños distraídos y pacíficos con sólo apretar un botón resulta una bendición, y desde luego también enriquece una vida en la que las distracciones resultan escasas.

La irrupción del televisor en el hogar sí ha trastocado la vida de los cuatro hermanos, aunque nunca han tenido problemas para entretenerse juntos o con el concurso de los numerosos amiguetes del barrio.

Se llevan bien entre ellos. Ramón ejerce comúnmente un liderazgo derivado de su condición de primogénito y bendecido por los progenitores. Asun aporta la nota femenina sin dejarse avasallar, y Félix se beneficia de ser el más pequeño, con un trato deferente y conmiserativo por parte de todos. Está tremendamente

enmadrado y apenas soporta que su madre se aleje unos metros cuando se hallan fuera de su hábitat natural. El padre se ha acostumbrado a gastarle una broma a diario: cuando se afeita con su máquina eléctrica siempre se la pasa (por la parte posterior) al benjamín, mientras le dice "hay que ver cómo te crece la barba". El joven Felisín acepta encantado este juguetón rito cotidiano, orgulloso de su extraordinaria precocidad varonil.

Por lo que se refiere a Antonio, al ser el segundo de los hijos se siente un tanto en tierra de nadie, sin ningún factor diferenciador que le aporte el plus de atención del que cree que se benefician sus hermanos. Destaca, eso sí, por ser el más trasto, el más travieso. En una ocasión que la familia se dispone a salir de vacaciones, desaparece sin más y los padres se vuelven locos hasta que aparece tan campante y ufano, explicando sin más que se marchó a casa de un amiguito. Hereda la ropa que va dejando el hermano mayor y que a su vez debería recoger Félix, pero esto último nunca es posible porque durante su período de usufructo la destroza toda. Lo mismo le ocurre con las gafas, que ha empezado a usar tempranamente. Las trae rotas cada dos por tres y tendrá que sufrir las consecuencias: llega en un momento en que el padre decide que se acabaron las reparaciones ópticas. A partir de entonces deberá ir por la vida con sus maltrechas lentes remendadas y unidas con un alambre.

Al volver del colegio, a partir de las seis de la tarde y tras la preceptiva merienda, se entregan a juegos diversos donde no hace falta disponer de ningún juguete adquirido en un comercio. Si es en la calle, basta una cuerda, una simple lima, una peonza, o los más participativos y tradicionales "tula", "rescate", el "escondite" o la "dola".

El joven Ramón siempre lleva la voz cantante. Es por ejemplo quien hace las veces de presentador en uno de sus divertimentos predilectos: remedar los festivales de Eurovisión que, año tras año,

hacen furor en la pequeña pantalla, creando la ilusión entre los españoles de pertenecer por derecho a la próspera e ilustrada Europa. Sus hermanos interpretan los temas musicales de su elección con sus respectivos nombres artísticos: Asun es Cibeles; Félix, "El llanero de Madrid", y Antonio, "Tom Lup", de donde se derivará su imperecedero apodo familiar (Lupo).

Otras tardes enteras se consumen gratamente jugando con las figuritas del Belén a lo que ellos denominan "los "paidelindos", un imaginativo e improvisado precedente artesanal de los muy posteriores *playmobil*. A Antonio siempre le toca la figura de la hilandera, que sus hermanos definen como "la paralítica". La madre se parte de risa.

Claro que, una vez al año, y en las fechas pertinentes, las figuras del belén cumplen su función original. Ramón padre monta unos belenes espectaculares que suscitan las visitas de los vecinos, a pesar de su deficiente armonía y proporción espacial. Una oveja gigantesca comparte escenario con un camello diminuto, lo que en absoluto impide que los jóvenes López-Díaz acompañen el montaje con los correspondientes villancicos, entonados a voz en grito y cuya letra original alteran a su antojo.

La mesa del cuarto de estar es otro de sus terrenos de juego favoritos. Debajo de la misma pasan el tiempo figurándose que se hallan dentro de un submarino, en las butacas de un avión, o en las galerías y almenas de un castillo. Para mayor utilidad, debajo del tablero existe un borde o estante que abarca todo el perímetro de la circunferencia, y donde se pueden guardar todos los complementos del juego precisos: espadas, papeles, llaves, pinturas… además de los restos de los alimentos que no les gustan y que han conseguido escamotear de las comidas.

La superficie de la mesa también da juego, valga la redundancia: se la dividen en cuatro espacios iguales y componen escenas

más o menos familiares, pequeños teatrillos y relaciones de una sociedad inventada. Cada hermano recrea en su cuadrante lo que desea: una casa normal, un negocio, una escuela…Una vez establecidos esos microcosmos, se da la señal de comienzo y surgen unas relaciones nunca planificadas: quedan con el vecino de al lado, acuden a comer al imaginario restaurante, o visitan a su mejor y no menos fingido amigo.

También la propia y sencilla naturaleza proporciona algunos momentos de disfrute y amansamiento a los pequeños. Les encanta ver llover a cubierto. El tablero con el que se refuerza la puerta de la vivienda por las noches sirve entonces de improvisado burladero. La madre la abre de par en par y coloca de través el tablero para que, sin temor a que escapen, sus arremolinados retoños puedan ver rebotar las gotas de lluvia y aspirar su vivificante frescor.

En esos contornos de la calle Aranjuez se disfruta esporádicamente de un peculiar y callejero hilo musical: la vivienda familiar está en la trasera de un local de bodas y comuniones, y el sonido de los valses, las marchas nupciales y los pasodobles ejecutados por la orquesta, añade una nota alegre a las aceras donde trotan decenas de chavales de clase obrera, que siempre que pueden se asoman a husmear en las celebraciones. La banda sonora del barrio incluye, esta vez a diario, las voces del cartero pregonando el nombre del vecino que tiene correspondencia, o el estridente pitido de la trompetilla del funcionario que avisa de cuando va a pasar el camión de la basura para que nadie la saque antes de tiempo.

Los niños reciben también alborozados la llegada del camión del hielo. Los cuatro hermanos se lanzan siempre a por él para que los empleados les regalen el hielo picado que sobra al cortar las barras que la madre meterá en un cubo, y luego en la rudimentaria nevera. Porque hasta poco antes de dejar el barrio no entrará en casa el primer frigorífico.

Si para los juegos son una piña, el comportamiento escolar de los cuatro hermanos resulta heterogéneo y no demasiado lucido en términos generales. Asun destaca de manera abrumadora. Años más tarde, cuando Ramón padre establezca unas asignaciones semanales en función de las notas, la niña se llevará siempre las cinco pesetas del premio mayor. Ramón y Félix alternarán el segundo y el tercer puesto –con cuatro y tres pesetas de paga, respectivamente–, y Antonio deberá conformarse una y otra vez con las dos pesetas del farolillo rojo.

Y el caso es que se le dan muy bien las manualidades. Es muy manitas, manifiesta una cierta vocación por la carpintería –con la irrupción del televisor se ha ofrecido enseguida a componer una mesa para colocarla–, y sobre todo demuestra una paciencia infinita para averiguar el funcionamiento de las cosas. Cuando les regalan un rompecabezas chino es el único hermano que consigue resolverlo. Siempre parece muy ocupado en sus propios pensamientos, y las lecciones que imparten los profesores parecen interesarle bastante poco. Muchos años después, ya cuando ha entrado a estudiar en La Paloma, un profesor le definirá como un chico sin duda muy inteligente, pero que no atiende y siempre está a su propia bola.

De manera natural, y por afinidad femenina, Asun mantiene una relación especial con su madre y es la que más hurta tiempo a los juegos para estar junto a ella. La acompaña mientras hace punto, y escuchan juntas en la radio a la señora Francis o las "peticiones del oyente" de Radio Intercontinental, donde suenan con frecuencia "Mi primera comunión", de Juanito Valderrama, o aquella de "Es mi niña bonita… con su carita de rosa". Antonia canta muy bien y se empeña en que la pequeña aprenda diferentes coplas –"Soldadito", "La aldea antes callada", "El polichinela"– para luego entonarlas juntas.

A la niña también le gusta ayudar a hacer croquetas y albóndigas (aprovecha para comerse la carne cruda), y acompañarla a la peluquería donde se hace los cardados. También es la escudera más fiel cuando hay que ir a surtirse al mercado de Maravillas.

Por cierto que otro pequeño acontecimiento doméstico de aquellos años es la adquisición de un carrito de la compra para aliviar a Antonia, que suele venir cargadísima de bolsas. Durante una temporada los hermanos varones se apuntan entusiasmados a esta tarea para tirar del nuevo "vehiculo", con el que se prometen inéditas emociones. Cuando se acaba la novedad vuelven a ahuecar el ala.

Antonia asiste entretenida y comparte a menudo los juegos de sus retoños, y es inevitablemente la figura central de la vida doméstica familiar. Ramón padre sale tempranísimo de casa para ir a trabajar, cuando regresa brevemente para comer los niños están en el colegio, y al final de su jornada laboral hace tiempo que estos duermen. Las únicas excepciones son los viernes por la mañana, cuando libra en Yucatán, y los miércoles por la tarde, cuando lo hace en el Avenida. Esas tardes de miércoles se convierten, gracias a su presencia, en prácticamente el día festivo por excelencia para la familia, el único además en que los niños pueden circular por Madrid con su boyante 600. Con él suelen cumplimentar la periódica visita al economato de las Hermandades del Trabajo, una especie de cooperativa que proporciona productos a mejores precios y a la que se han apuntado tras nacer la niña, para optar a una vivienda nueva que, llegado el sorteo, no les será adjudicada. A día de hoy todavía se conservan en la casa de la plaza de Cieza enseres, como la cocina, comprados en dicho economato.

La incursión comercial de esos miércoles por la tarde se cierra, cuando hay suerte, con una ración de berberechos acompañada de un refresco.

1964 está resultando un año muy especial y venturoso para la familia. No sólo triunfan en los juegos de azar, sino que Ramón disfruta ese verano de sus primeras vacaciones pagadas. Por temor a que, gracias al dinero de la lotería, se replantee sus empleos, y también porque de hecho ha recibido una oferta para encargarse de un bar en Sevilla (la rehúsa porque entraña despedir a su antecesor), sus dos jefes le han concedido un mes completo de asueto. A bordo de su casi recién estrenado utilitario, y pertrechados con todo lo necesario, los seis ponen rumbo a la costa andaluza. Destino Chipiona, en Cádiz.

El viaje, que consume diez o doce horas de trayecto, resulta una odisea con cuatro revoltosos críos embutidos malamente en el asiento de atrás, donde se disputan las plazas junto a la ventanilla, y especialmente la de detrás del conductor. Como si dispusiera de un vehículo de alta gama, Ramón padre se permite a veces la humorada de coger a algún autoestopista, quien seguramente siente la tentación de poner pies en polvorosa cuando comprueba la densidad de viajeros por metro cuadrado.

Para estos trayectos vacacionales, y para evitar hasta donde sea posible los estragos del calor estival, acostumbran a partir de madrugada, y tienen ocasión de asistir al fascinante espectáculo del amanecer, casi siempre mientras atraviesan La Mancha. Para distraer a los críos, Antonia siempre les propone ejercitar las cuerdas vocales. Venga chicos, vamos a cantar "Soldadito español". Y la panda responde entusiasta al reclamo, coronando las estrofas finales a voz en cuello: "mi novia morena, mi novia morenaaaaaaaaaaaa". El padre secunda al infantil orfeón, a una canción le sucede otra, y las bromas y la juerga continúan por aquellas carreteras de un solo carril de la época, hasta que a los pasajeros de atrás les vence el sueño y el agotamiento.

Aquel primer veraneo es forzosamente modesto. Se alojan en una residencia de Hermandades, donde disponen de una única habitación y deberán dormir en tres literas de dos plazas. El primogénito hace valer esta condición para ocupar el puesto superior en una de ellas, que debe parecerle de privilegio. Naturalmente, acabará despeñándose una noche. Por lo demás, la comida en la residencia es manifiestamente mejorable. Y siendo aquella institución claramente católica, no dejan salir a los huéspedes pasadas las diez de la noche.

Los niños disfrutarán como cosacos en aquella playa de Chipiona, ajenos por completo a las visibles manchas de alquitrán que dejan los barcos mercantes o pesqueros (quedan aún bastantes años para que aparezca la sensibilidad medioambiental y el concepto de "banderas azules"). Ajenos también, por cierto, a los estragos de la exposición continuada al sol. Los primeros días a todos les salen unas tremendas ampollas, tanto es así que aquel primigenio veraneo en Chipiona quedará para el recuerdo como el del achicharramiento de los niños.

Pero ese legendario 1964, en el que están ocurriendo tantas cosas gozosas, tiene también su reverso. En diciembre, malhadadamente el día de Nochebuena, fallece de una parada cardiaca la abuela Victoria, que por entonces comparte la antigua casa familiar con la hija menor, Lola, el marido de ésta, Salva, y su hijo Paco, que es quien la encuentra ya sin vida en la cama. Es un gran golpe para Antonia, aunque matizado por una relación que se ha ido deteriorando paulatinamente. Aunque en sus últimos años la salud de la ahora difunta ha sido mala, Antonia no puede dejar de reprochar a su madre que haya estado más pendiente y haya ayudado más a sus otros hermanos que a ella.

Del fallecimiento se derivará un hecho singular, que bien podríamos calificar de paranormal, y que parece inscribirse en la igualmente enigmática línea del pretendido encuentro con Lucifer

del niño Ramón, que ya mencionamos páginas atrás. Y es que una noche, estando en casa, se dejan oír unos pasos por la estancia. Con un escalofrío, Antonia los identifica inmediatamente con el andar de su fallecida madre. ¿Sugestión? Pudiera ser. Pero ha sido uno de los hijos, Antonio, el que primero ha llamado la atención del resto sobre esas extrañas y estremecedoras pisadas.

Pero volvamos al dulce tiempo de las vacaciones. Porque en los siguientes años el veraneo de los López-Díaz se institucionaliza. En 1965 evitan el largo desplazamiento y acuden a San Martín de Valdeiglesias, con la perspectiva puesta en disfrutar de las aguas del pantano de San Juan. Aquí las mejores anécdotas las protagoniza el pequeño Antonio. Un día llama a gritos, y alborozado, a los demás. Ha cogido un cangrejo, dice. Se trata en realidad de un escorpión, que por suerte le perdona el aguijonazo. Otra tarde el padre decide enseñar a todos a pescar. Cuando los demás hermanos han consumido sus turnos, cansados y aburridos de no obtener recompensa, Toñin, que ha perdido su cebo y lo ha sustituido por un trozo de chorizo, sigue impertérrito aferrado a su caña. Sus hermanos se burlan de él, pero finalmente su testarudez le hará acreedor al único pescado de aquella iniciática jornada. Un barbo que pasará a la cazuela al día siguiente. La hazaña queda repetidamente inmortalizada en fotografías.

A Asun le atrae poderosamente el agua, pero no precisamente en la faceta anterior. Como dijimos, ha aprendido muy pronto a nadar y, confiada, se muestra bastante temeraria. Una tarde está a punto de ahogarse en el referido pantano. Se le suelta el flotador y, de puros nervios, se va para el fondo. Aún recuerda la acuosa visión de las aguas verdes mientras trata de chapotear y llama a gritos a la madre. Ésta interviene, pero alarmada y nerviosa porque ella misma no sabe nadar y podría haber ocurrido una desgracia, la propinará los correspondientes azotes.

Hay que hacer notar que la infantil hermandad sólo cuenta con un único flotador homologado, y el resto debe fiar su seguridad a llantas del 600 convenientemente infladas. A los actuales manguitos les queda aún al menos una década para debutar en sociedad.

A Chipiona y San Martín de Valdeiglesias se sumarán como destinos estivales, en ejercicios venideros, Garrucha, Gandía, Guardamar del Segura o Fuengirola. Aquellos meses de asueto resultan un alivio para los mayores (algo menor para Antonia, que no consigue relajarse en la vigilancia de su prole), y toda una fiesta para los niños. Mar, baños (con nuevos conatos de ahogamiento de la intrépida Asun), horarios relajados, escenarios inéditos para las correrías y ocasionales nuevas amistades. Ramón padre se encarga de hacer las comidas (se luce con unas ensaladillas especialmente trabajadas y presentadas), y recupera el tiempo que no ha podido dedicar a los hijos durante el año. Les convoca a diario a hacer juntos el crucigrama del periódico, premiando con una peseta al que mejor colabore, y estimulándoles con pistas: "A ver ¿cuál es la capital de Noruega? ¿No lo sabéis? OSLO voy a decir". "¿Y la de Suecia? ESTO ES EL COLMO que no la sepáis".

Siempre gana Ramón, que ya ha dado geografía y puede interpretar las sugerencias.

En Gandia los dueños de la casa que han alquilado les proponen visitarles en su finca campestre. Por fin aceptan la invitación una tarde y les sorprenden merendando. Cuando aquellos señores ven llegar a esa familia con cuatro bocas infantiles potencialmente insaciables, recogen rápidamente la mesa.

En Fuengirola repetirán varios años. Se alojan en unas preciosas viviendas unifamiliares de estilo andaluz. Lo pasan genial, pero el recuerdo que más perdura es la visita al hospital que se ven obligados a cumplimentar uno de aquellos veranos.

Los cuatro hermanos, y el primo Paco, hijo del tío Julián, que ese año se han llevado con ellos, han ido al cine de verano. Ramón hijo pisa una botella rota y se provoca un corte importante. En vez de atenderle, los empleados le impelen a buscarse la vida y le echan a la calle. Asustado y seguramente confuso, no se le ocurre otra cosa que dirigirse a la playa a mojarse la extremidad, cavilando que tal vez las olas le corten la hemorragia. La casualidad quiere que sus padres le encuentren allí. Volverá a Madrid con unos cuantos puntos de sutura.

Sus hermanos y el primo han continuado viendo la película –la versión cinematográfica de la televisiva Familia Telerín, apuntan fuentes solventes–, y sólo le echan en falta cuando la sofocada madre acude a buscarles al término de la sesión, mientras el padre se dirige en busca de socorro médico.

Ramón se convertirá en el especialista de la familia en incidentes sangrientos.

Años antes, estando en casa junto a los tíos Rosario y Manolo, se corta espectacularmente el brazo con la cristalera de una puerta, que destroza. Sale tanta sangre que la madre, que vaticina un hijo manco de por vida, se desmaya. En medio del desconcierto colectivo es la prima Charo, ya una jovencita, quien primero reacciona y lleva al niño a la casa de socorro de de Cuatro Caminos, donde añaden unos cuantos puntos de sutura más al historial del pequeño Ramón.

Claro que con tanto hijo los accidentes, domésticos o no, proliferan. Una mañana de domingo en que la juvenil pandilla revolotea en torno a la madre, uno de los hijos le propina un involuntario empujón mientras blande un cazo con leche hirviendo…que va a derramarse sobre el brazo de la única hermana, que aún lleva puesto el pijama, el cual no consiguen quitarle porque la piel se ha quedado adherida a la tela.

En la casa de socorro de la glorieta cuatrocaminera los López-Díaz empiezan a ser ya conocidos.

Como hemos referido, desde 1962, más o menos en coincidencia con el nacimiento de Félix, Ramón ha entrado a trabajar por las mañanas en el bar Yucatán, en la populosa glorieta de Bilbao, cuyo dueño es sobrino del ínclito don Félix. Entra a las cinco de la mañana para manufacturar personalmente la pastelería para los desayunos, y luego se suma a la barra con los demás, pero además ejerce de encargado en una plantilla que suma diecisiete empleados. El Yucatán es un enorme establecimiento, con nada menos que veintidós metros de barra, donde no falta quehacer. Un inspector de trabajo que les visita en cierta ocasión hace cálculos y les confía que estima que cada empleado recorre unos 25 kilómetros en cada jornada. Pero a pesar de su muy favorable emplazamiento, las recaudaciones no están a tono. Otros bares de la zona, como La Española, La Campana y, por supuesto, el Café Comercial, tienen más predicamento entre una clientela en la que abundan los empleados de banca y los funcionarios de organismos como el cercano Instituto Nacional de Previsión. Ramón prefería a los parroquianos del Chumbica, más populares y menos pretenciosos. Los del Yucatán se creen algo en la vida por tener un sueldo digno asegurado, pero a la hora de la verdad están tan a la última pregunta como cualquiera, y abundan los que se eternizan con una sola consumición. La recaudación no está a tono con la afluencia de público.

Ramón triunfa con sus pasteles, sobre todo con los "huesos". Hasta se los encargan en una pastelería de la misma glorieta. Lo de ser encargado no le disgusta, obviamente, pero conlleva las naturales servidumbres. Los empleados le chivan las irregularidades que cometen los otros: que si uno bebe de las botellas a escondidas, que si la cajera se lleva botellas de leche: que si aquel ha fingido

estar enfermo… Podría pasarlo por alto, pero como está seguro de que las confidencias llegarán también, tarde o temprano, a oídos del patrón, que entonces le reprocharía a él su no intervención, con más frecuencia de la deseable se ve obligado a tomar medidas y hacer uso de su autoridad.

Uno de los incidentes notorios tiene como protagonista a una de las señoras de la limpieza, la Romerito, que ha tenido la ocurrencia de llevarse de extranjis un filete de la cocina. La fechoría es descubierta. Salva el empleo, entre otras cosas por no incomodar a su hijo, que es cliente y tiene un puesto en un banco próximo. Abochornada, la desleal limpiadora no tardará en pedir la jubilación, pero quedará siempre agradecida a Ramón y mantendrá correspondencia futura con él.

La jornada en el Yucatán termina a las tres, casi empalmando con el empleo en el Avenida, aunque algunos días, al salir del cine, aún tiene que pasarse por el bar para controlar algún asunto puntual. Acude a comer a casa, en horas en que los niños están ausentes, y Antonia le pone agua con sal en una palangana para aliviarle los pies, maltrechos después de tantas horas tras la barra. Apoyado en la mesa, se entrega luego a un escaso y precario sueño de quince míseros minutos antes de marcharse al cine

Aquel trabajo presenta un aliciente muy celebrado entre los hijos: cuando se celebra una comunión, Ramón trae a casa todo lo que ha sobrado. Deliciosas pastas de "La Criolla" (enteras o fracturadas), pastelitos, restos de tarta, o canapés. También proceden del local distintos adminículos que los clientes extravían allí y que, si no son reclamados pasado un tiempo, se rifan los empleados. Pañuelos de cuello, gafas de sol, paraguas… En el hogar de la familia no se llegará a comprar un paraguas hasta acabar la etapa Yucatán.

También para el padre existe una razón extra, de índole muy distinta, para valorar el empleo en la cafetería: se ha aficionado a

la Bolsa y los clientes bancarios le ayudan con sus incipientes inversiones.

A todo esto, Ramón sigue ingeniándoselas para conseguir ingresos extras. Se ha hecho amigo de unos pilotos de Iberia, clientes del Yucatán, que traen del extranjero tabaco, relojes y transistores, y comercia con todo ello. Antonia también revende el tabaco entre los tenderos del mercado de Maravillas. Los transistores están ya ampliamente difundidos, pero estos venidos de fuera de las fronteras patrias son más baratos y dejan un óptimo margen. Se los dejan a cinco pesetas, los vende a diez, y se los quitan de las manos. En una ocasión tiene un incidente de tráfico con un conductor borracho que embiste su Seiscientos allá por Moncloa. En circunstancias normales habría requerido la oportuna presencia de un guarda para levantar el atestado, pero lleva el coche repleto de transistores y opta por dejarlo correr.

En 1969, con los hijos cada vez más crecidos y la densidad demográfica en el piso de Cuatro Caminos marcando niveles de alerta máxima, han decidido impulsar el sueño de una vivienda nueva y más amplia. El hijo mayor, Ramón, duerme en la parte de arriba de una litera, situada en la sala, que hay que montar todas las noches, para desmontarla a la mañana siguiente. Félix y Antonio en la parte de abajo de la misma litera, en una cama de 90 centímetros, los dos juntos. Y Asun, ya con trece años, aún continúa compartiendo habitación con los padres.

Un acomodador del cine les habla de una cooperativa de vivienda que han formado guardias civiles y en la que necesitan más socios. Ingresan en ella abonando treinta mil pesetas. Luego hay que ir pagando cuotas de mil y dos mil pesetas.

Cuando acuden a ver el inmueble, todavía en construcción, el gozo es enorme. Por supuesto han invitado a algunos familiares para tan magna ocasión, y todos les felicitan sinceramente.

La mudanza aún se demorará cuatro años más, hasta septiembre de 1973.

El hijo del fallecido casero de la calle Aranjuez tiene el detalle de devolverles las 16.000 pesetas que diecisiete años antes pagaron por el traspaso, tal como el padre se había comprometido.

La nueva casa se ha puesto en 600.000 pesetas, un precio más que ventajoso, y está en la frontera del barrio del Pilar, en lo que entonces se denomina en los planos "la quinta súper manzana". Es un barrio atractivo, cerca de la moderna Ciudad de los Periodistas, que es la referencia que todos emplean para dar más lustre a su ubicación. La zona no está bien comunicada, no pasa por allí ningún autobús, pero la familia sigue disponiendo de coche, que además ha renovado: ahora tienen un 4L. El futuro y boyante Centro Comercial de la Vaguada es entonces una hondonada donde por las noches se internan los coches con parejas en trance de magrearse. La observación desde la terraza de estas libidinosas incursiones será precisamente una de las primeras distracciones nocturnas de los jóvenes hermanos.

Al tomar posesión el inmueble no cuenta aún con luz ni funciona en consecuencia el ascensor. Subir los muebles y el frigorífico hasta un octavo piso resulta un suplicio, pero la dificultad es menor comparada con la alegría por tan espléndido cambio. Aunque paradójicamente, y muy a su pesar, los tres hermanos varones seguirán compartiendo habitación, y no precisamente la más grande, como parecería lógico, que le va a tocar a la niña, liberada por fin, a sus trece años, de la alcoba conyugal. Les toca apañarse con un sólo armario para los tres, pero en fin, al menos ahora tienen cada uno su propia cama. En el desigual reparto ha influido que los padres se han empeñado en que, además de salón, hay que destinar otra pieza a comedor (donde rara será la vez que almuercen en aquella época).

El cambio de domicilio entraña el correlativo cambio de centro escolar. Asun y Félix ingresan en el instituto Herrera Oria, a un paso de casa, un establecimiento con fama de progresista. Ramón tiene mucha peor fortuna: no hay plaza para él y le corresponde uno en Colmenar Viejo.

Antonio, por su parte, se matricula en la Institución Sindical Virgen de la Paloma, el centro más conocido de todo Madrid en Formación Profesional, aunque él lo recuerda como "una especie de basurero de la enseñanza de la época, a donde se solía mandar a los que no servíamos para estudiar". Con todo, conseguir plaza allí no resulta fácil. En el examen de ingreso le adjudican el número 2048 entre los aspirantes, pero logra aprobar con la cuarta mejor nota, a pesar de no haber respondido a ninguna de las preguntas de religión. Aunque su predilección de siempre por las faenas de carpintería y ebanistería le ha llevado elegir la rama de madera, al ser ésta una de las de menor consideración social, y en virtud de la buena nota obtenida, y con la intercesión de los progenitores, acaba cursando la rama de electrónica y telecomunicaciones. Una decisión un tanto azarosa que sin embargo será clave, años después, para acceder al que será el trabajo de toda su vida.

Los niños ya son adolescentes o jóvenes de pleno derecho. Los estudios les ocupan más tiempo y esfuerzo, y las respectivas pandillas en el barrio se llevan lo mejor de su tiempo de su ocio. Antonia ya no tiene que ejercer tanto de madre como antaño y comienza a aburrirse un tanto. Se siente un poco prisionera en su propia casa. En el barrio carece de amistades, y en el inmueble tampoco ha sido fácil trabar relaciones estrechas. Los guardias civiles que forman el grueso de la vecindad son corporativos y tienden a relacionarse y abrirse más entre ellos. El matrimonio empieza a sopesar que ella se incorpore al bar del cine, y un luctuoso hecho resulta determinante para ello. En 1976 fallece don Félix,

y su viuda, la que ha dado nombre a la única hija, no se ve con fuerzas para seguir supervisando, ahora en solitario, el negocio. Además se va a jubilar en breve y no podrá figurar al frente de la contrata. A fuerza de mucho rogarle, consiguen que se la traspase por sesenta mil pesetas, más un porcentaje de las ganancias.

Salir de casa para ir cada tarde al Avenida le viene bien a la madre, le abre el horizonte. Los fines de semana coincide con el hijo mayor, Ramón, quien es el primero en incorporarse al negocio. Antonia atiende la barra, prepara los sándwiches cuando hay estreno, maneja sin problemas la cafetera, y descubre que hacer las cuentas de las consumiciones mentalmente también se le da óptimamente. Entre sesión y sesión el matrimonio se mete en el chisconcillo y ven la televisión que Ramón ha llevado para que su mujer esté más distraída. También a él le viene bien compartir las tardes.

Su mejor amiga entre el resto del personal es la señora de los servicios, pero el trato con todos es correcto y hasta afable. Les sirven el cafelito o lo que demanden a precio de coste, aunque el gerente del Avenida tiene implantado un severo régimen y los acomodadores tienen bastante restringido el acceso al bar. Sobre todo han cuajado una apreciable amistad con uno de ellos, Andrés, quien entró en el Avenida como botones pocos años después que Ramón, ambos unos críos. Es analfabeto, y tan aficionado a los toros –de muy joven se echaba de maletilla en cualquier festejo que le saliera al paso–, que cada año coge las vacaciones en mayo para poder asistir a la feria de San Isidro. Pero ante todo el buen Andrés es un hombre marcado por una historia de amor. Cortejó a la antigua empleada del bar, Jacinta, y llegó casi a camelarla, aunque sin demasiado convencimiento por parte de aquella. Pero el azar quiso que Jacinta conociera a otro durante un viaje en tren, y a los seis meses se casó con él. Aquel desengaño precipitó al

acomodador en la afición a la bebida, en la que ya presentaba antiguas credenciales. A propósito de esto, en una ocasión el gerente del cine le sorprende acodado en la barra con un vaso de manzanilla y le reprende a viva voz. Ramón sale al quite y le asegura que la consumición la está tomando él. Se la lleva a los labios para dar fe, a pesar de que Andrés padece tuberculosis. Aquel gesto casi temerario reforzará aún más la amistad entre ambos, que se mantendrá más allá de la jubilación de aquel, y hasta su misma muerte en 2006.

Con quien no congenian en absoluto es con las taquilleras. En todos los cines de estreno estas empleadas utilizan discrecionalmente y en provecho propio su preeminente función. Cualquier madrileño sabe que, vaya a estar la sala medio llena o medio vacía, es necesario deslizar más o menos disimuladamente una propina para conseguir de ellas una buena localidad. Son tan obreras como cualquier otro empleado del local, pero con este sistema muchas de ellas consiguen tener unas cartillas bancarias bien abultadas. Además, y puesto que hasta entonces las películas se exhiben en un único local, tienen establecida una alianza de intereses con los reventas, a quienes adelantan lotes de entradas a cambio de la pertinente comisión para ellas. Se dará el caso de que en un control aleatorio que realiza la dirección, el reventa no ha debido tener ocasión de ajustar las cuentas con la taquillera de turno, y en la caja falta el importe de doscientas entradas. Esta falta de coordinación le costará el puesto a aquella.

La enemistad que sienten hacia ellas se exacerba un día que Ramón se ve obligado a sacar unas localidades en el propio Avenida para unas amistades que van a visitar Madrid. Aunque esa tarde televisan una corrida importante y la afluencia al cine resulta más que escasa, dichos amigos tendrán que contemplar la película desde unas localidades manifiestamente mejorables. Cuando

comprueba con sus propios ojos que la sala está medio vacía, Ramón monta en cólera y acude a protestar directamente ante la gerencia. Pero las señoras taquilleras parecen tener patente de corso.

En otra escala, también las mujeres que atienden los servicios son de armas tomar. Ninguna se recata en amonestar con la mayor publicidad posible a las clientas que no dejan propina, o lo hacen con una cantidad que ellas consideran insuficiente. "¡Cómo si no tuviera que pagar yo el papel higiénico!".

El "ambigú" del cine es por entonces un negocio razonablemente saneado. Aunque está en la parte más alta del local, y podría por ello pasar desapercibido para muchos asistentes, Ramón emplea desde siempre un truco: hace entrechocar los platillos y las tazas para hacerse presente y atraerlos.

Los mejores días son por supuesto cuando las productoras organizan el estreno de algún filme. Además de acudir muchos invitados, se sirve el correspondiente cóctel y se dispone de mucho más tiempo para hacer caja, sin la limitación habitual del lapso entre la apertura de puertas y el comienzo de la exhibición, o los diez minutos del descanso.

En 1979, con la función de gala de "La larga noche de los bastones blancos", con el entonces aclamado José María Rodero y un joven Quique San Francisco, llegan a ingresar ciento noventa mil pesetas en una sola tarde. El caso es que luego la película resultará un clamoroso fracaso de taquilla.

Pero además los hados del séptimo arte les sonríen. El Avenida consigue la exclusiva de algunos títulos que arrasarán entre el público madrileño. Es el caso de "La lozana andaluza", cuyo gran cebo es que se muestra uno de los primeros desnudos integrales que pueden verse en esa España de la transición a la democracia.

O de la célebre “Fuga de Alcatraz”, con Clint Eastwood, por la que curiosamente nadie apostaba gran cosa, tanto es así que se contrató sólo a cambio de otras exhibiciones posteriores.

Aunque el pelotazo total resulta ser “Loca Academia de Policía”, en 1984. El público se vuelve loco con los gags de esta comedia, y el boca a boca la convierte en un éxito histórico en el Avenida. Cumple además un requisito que siempre resulta decisivo: está autorizada para todos los públicos. Éxitos, éste como los anteriores, que pueden mantener esos estrenos en cartel durante un año completo antes de ser relegados a los locales de sesión continua.

A lomos de esta bonanza económica, el salario que Ramón obtiene como encargado del Yucatán –unas ochenta mil pesetas–, dista mucho de compensar la responsabilidad, el trabajo, los enormes madrugones y el agobio en fin del pluriempleo. Por lo que respecta al asesoramiento bursátil que le proporcionaban algunos clientes, ha aprendido a desenvolverse solo, como enseguida quedará de manifiesto. En 1987 le comunica al patrón, don Lucio, que va a dejarlo. Éste trata de retenerle, le ofrece más dinero, pero es en vano.

Han pasado veinticinco años desde que entrara a trabajar en aquel bar de la glorieta de Bilbao.

La sucesión de taquillazos se combina con otro venturoso acontecimiento financiero. El apoderado de una sucursal bancaria con quien Ramón mantiene un trato fluido y cordial, le ha pedido que le ayude a ascender a director realizando un nuevo y sustancioso depósito. A cambio, le prestará dinero a interés cero para acogerse a una emisión de acciones del banco de Santander. Ramón acepta el trato y destina un millón de pesetas a comprar dichas acciones. Y una nueva regulación gubernativa que obliga a la entidad a reforzar el valor de las mismas le beneficiará espectacularmente. En

menos de seis meses, el valor de lo invertido se ha multiplicado por seis.

(Para tranquilidad de sus herederos, nuestro biografiado, que ha seguido invirtiendo en bolsa hasta tiempos recientes, jura que jamás ha perdido dinero con esta práctica).

Con unos y otros ingresos su vida diaria mejora: cambian el "cuatro latas" por un Renault 5, acuden de vez en cuando al bingo y a restaurantes de calidad y ya no hay que remirar tanto los precios cuando hacen la compra. Pero además van a poder dar cumplimiento a un deseo largamente acariciado: viajar fuera del país, conocer otros mundos. Debutan en esta faceta con un crucero por el Mediterráneo que les llevará a Nápoles, Roma, Capri, Génova o Venecia. Otro año conocen el escenario natural que más les ha impresionado en sus vidas: las cataratas de Iguazú (que sobrevuelan en helicóptero), dentro de una gira en la que recorren Argentina y Brasil.

Y en sucesivos ejercicios irán sumando los Estados Unidos (Nueva York, Washington y las cataratas del Niáraga), Jerusalén, Esmirna, Milán, París, Burdeos, Innsbruck y otras capitales de Alemania, Austria o Suiza. También Egipto, donde a pesar de los indudables atractivos, no piensan volver. Al menos en verano. No han olvidado los cincuenta grados a la sombra durante un trayecto en autocar por el desierto.

A pesar del nulo dominio de los idiomas, y aunque les gusta salirse de la comitiva grupal y moverse a su aire, no encuentran mayores dificultades para desenvolverse. Y tampoco sufren ningún contratiempo serio, salvo en Nápoles. A Antonia unos delincuentes en moto le pegan un tirón en la calle y la roban el bolso, donde lleva los pasaportes. Si el inconveniente es grande, el sofoco y el susto son mayores, tanto que de vuelta al hotel esa noche atrancan con una silla y una mesa la puerta de la habitación, en evitación de males mayores.

Estas giras las hacen en noviembre, cuando mejor lo permite el cine, y son posibles gracias a que los hijos les suplen en el bar. De hecho ya vienen ayudándoles durante todo el año. El primero en hacerlo de manera estable ha sido el hijo mayor; luego Antonio, siempre que le es posible, y en 1975 se incorpora Asun como fija en los fines de semana. Para ninguno de los hijos resulta agradable, por decirlo suavemente. Hay mucho tiempo muerto entre pase y pase de la película, y por su propia esencia no es un bar al uso donde se pueda hacer amistad con algún parroquiano o recibir las esporádicas visitas de amigos. Por lo demás, en plena juventud, no poder quedar con la pandilla el sábado ni el domingo es un baldón muy difícil de soportar. Máxime cuando además deben simultanear este trabajo con sus estudios o incluso sus primeros empleos ocasionales. Asun, que ya ha hecho sus pinitos laborales trabajando durante las navidades en los almacenes Simeón del barrio del Pilar, está cursando Historia del Arte y asiste a distintos cursos de idiomas. Antonio está ya en los últimos cursos de FP en La Paloma y también se busca la vida como puede para disponer de su propio dinero: primero vende lotes de limpieza y perfumes por las casas; luego se hace representante de productos cárnicos. Le asignan la zona de Carabanchel Alto y se convierte en un habitual forzoso de los mercados de barrio, colocando su género entre los carniceros.

Poco después del verano de 1977, se topa en el parabrisas de un coche con el anuncio de una academia en la que preparan oposiciones para Telefónica. Un mes después, y con otros 14.000 opositores de toda España, se presenta a la convocatoria. En enero del año siguiente le comunican que ha aprobado y, curso de iniciación mediante, estará entre los 200 contratados. Dicho cursillo comienza en mayo y se celebra en Aranjuez. Se levanta a la cinco de la madrugada para llegar a tiempo, y cuando terminan las clases debe regresar a Madrid y presentarse en el cine por las tardes, de donde

sólo regresará a casa pasada ya la medianoche. Lo del bar del Avenida le resulta un engorro insoportable. Y mal remunerado. Hay días en que, tras coger el autobús, el metro, y luego el "búho" nocturno cuando no tiene otro remedio, gasta más de lo que recibe.

Antonio va a ser el primero en romper la baraja. En diciembre del 78 ha comenzado por fin a trabajar en Telefónica. Un mes después regresa a casa, todo ufano, con su primer sueldo, y la madre se lo reclama. Hay además otros motivos de discordia. Una noche salta la chispa y llueven los reproches de uno y otro lado.

Pocos días después, el segundo de los hijos coge un macuto y se marcha. Se busca una pensión por la calle Bravo Murillo donde pernoctará tres días hasta que la madre de un amigo le acoge en su casa. Para Antonia la marcha de casa del primer hijo, y el áspero desencuentro en que se ha producido, resulta un golpe demoledor que le afecta incluso físicamente. Se le agudizan unos problemas de varices que le producen unos dolores muy notables.

Al flamante nuevo empleado de Telefónica le quedan sólo un par de meses para irse a la mili, aunque el problema físico que parece haber heredado de su progenitora –precisamente las varices–, le librará del engorroso servicio a la patria.

El que sí ha hecho la mili, encontrándose a su finalización con la ausencia de casa de su hermano, es el mayor, Ramón. Y al parecer no ha sido nada fácil para él. Se ha dormido durante una guardia y ha ido a dar con sus huesos en el calabozo, donde pasa una buena temporada. Los mandos le hacen pagar caro su carácter un tanto impetuoso y temperamental. Las ocasiones en que viene a Madrid de permiso todos le encuentran muy alterado y deprimido. Por las noches alarma a toda la familia con sus violentas pesadillas.

A su vuelta se matricula en Periodismo pero no pasará del primer curso. Por su personalidad arrolladora y sus dotes de lideraz-

go, Ramón es uno de los chavales del barrio con más éxito entre el elemento femenino, pero no ha tardado en echarse novia: Teresa, hija de periodista y de relativamente buena familia.

El primogénito también arde en deseos de abandonar el nido paterno y no tardará en hacerlo. Apoyado únicamente en un precario empleo en una de las cadenas de hamburguesería que entonces comienzan a proliferar, se casa en 1982. Si dura ha sido la marcha de Antonio, la del hijo que siempre se ha caracterizado por su carácter bromista y su talante alegre y expansivo se dejará notar aún un poco más, si cabe.

Tan sólo un mes después contraerá nupcias Antonio, que en una de sus correrías de mochilero ha encontrado también a su media naranja, Nieves, quien le arrastra a su pueblo, Munguía, en Vizcaya. Con gran frustración por su parte, la servidumbre del servicio en el bar del cine impide a su hermano recién casado acudir a la celebración.

La primera nieta, Teresa, nace el 5 de octubre de 1985. Con 55 y 53 años, respectivamente, Ramón y Antonio son ya abuelos.

Asun y Félix se quedan solos con sus padres en casa… y en la barra del Avenida. Si por edades y, sobre todo, afinidades de todo tipo, ya llevan tiempo formando un tándem dentro del núcleo familiar, la nueva situación les unirá aún más. Imposibilitados de quedar con sus otras amistades los fines de semana, cuando salen del cine se internan los dos juntos por las calles y los bares de copas de ese Madrid siempre efervescente, que vive los últimos coletazos de la famosa movida.

También Asun sentirá el impulso de volar fuera del hogar. Inquieta, muy preparada intelectualmente, con su licenciatura universitaria terminada, manejando varios idiomas y desde luego también más que harta de las tardes en el bar del cine, en 1987 decide bus-

carse la vida en Roma, primero dando clases de castellano pero con la idea de tomar aquello de bueno que el destino tenga a bien servirle. Su marcha a otro país, el hecho de ser mujer, y la incertidumbre de futuro en que se enmarca, preocupan seriamente a sus progenitores, especialmente al padre, aunque no tratarán de retenerla.

Pero la aventura italiana de la única hija no será duradera. Al cabo de un año regresa a la plaza de Cieza. Ha ganado en experiencia vital, ha perfeccionado el italiano, y no va a tener ningún problema en ir encadenando empleos. Una de esas extrañas carambolas de la vida le va a conectar con Luis, un amigo de Raquel, la novia de Félix. Un joven que trabaja como documentalista en Televisión Española pero al que enseguida se le presentará la oportunidad de retomar su profesión de periodista. Se diría que esta pareja estaba cabalísticamente destinada a unirse: no sólo son del mismo año, sino que a él le estaban bautizando –¡y en una iglesia de Cuatro Caminos!–, el día mismo que nació Asun. Además ha nacido en la festividad de San Antón, como Antonia. Y sus padres respectivos se casaron con apenas unos días de diferencia. ¿Condenados a entenderse?

Con el sustento más que asegurado, y transportada en alas del amor, la niña de la casa deja ésta en 1990 para irse a vivir sola a un apartamento de la calle Amaniel. Ya sólo queda en el hogar el más pequeño de los hijos, el que de niño prorrumpía en llantos en cuanto su madre se alejaba unos metros. Pero Félix también está preparado para vivir su propia vida.

Alejamientos, marchas… y reencuentros. En 1993 muere Ángel, el marido de la tía Marina. Tras tres décadas de ignorarse mutuamente, Ramón, que ha tenido conocimiento del suceso por el hermano común, siente que es el momento de mover ficha.

Toma el teléfono y la llama. “¿Quién eres?”, responde ella tras las primeras palabras de pésame. “Ramón”. “¿Qué Ramón?”, interpela, confusa, Marina.

La sangre se impone. A partir de entonces vuelven a ser lo que tal vez nunca debieron dejar de ser. Hermanos. Retoman las visitas frecuentes, pasan fines de semana juntos. Ella vuelve a incluirle en su testamento. Con todo, el reencuentro no será del todo fácil. Pesan algunos agravios del pasado, y Marina siempre trata de hacer valer su carácter dominante y su inamovible y antigua condición de hermana mayor. Ambos parecen disfrutar haciéndose de rabiar mutuamente. La salud de Marina pronto comenzará a ser precaria y, superando sus propios achaques, Ramón se convertirá en su báculo y su consejero, no sin sufrir a menudo las incomprensiones de ella. Como la ocasión en que, siguiendo la orden médica, se niega a traerla de la calle –está hospitalizada– ciertos alimentos, y ella le suelta un "Te tienes que ver muy mal en la vida por lo que me estás haciendo". La gitana con quien comparte habitación se ve obligada a salir en defensa del vituperado: "Pero mujer, cómo le dice eso a su hermano, que no puede ni andar y viene a verla todos los días". Porque Ramón ha aceptado de excelente grado convertirse en su acompañante oficial en las cada vez más frecuentes visitas e ingresos hospitalarios.

Antonia, por su parte, vive entre molesta unas veces, y divertida las menos, las constantes trifulcas entre su marido y la hermana. A veces es ella quien acompaña a Marina al médico, y ésta, quizás para no exponer su vulnerabilidad, se niega a que suba a la consulta y la hace esperarla en la calle.

Ese año de la reconciliación con Marina, 1993, no va a ser un año cualquiera. En el Avenida ha llovido mucho desde los multitudinarios estrenos de "La fuga de Alcatraz" o "Loca Academia de Policía". Los estrenos ya no son exclusivos, han proliferado las llamadas multisalas, que ofrecen en el mismo local un surtido cinematográfico variado, y un nuevo enemigo gana pujanza día tras día: el vídeo doméstico, que ha dado lugar al surgimiento de lo-

cales de alquiler de cintas casi en cada esquina. Y por lo demás, acudir a uno de los antaño templos de la Gran Vía no tiene ya ningún glamour y resulta para muchos más bien una incomodidad. Con todos estos factores, cada vez acude menos público. Los gastos fijos del bar siguen siendo los mismos, y las recaudaciones sensiblemente menores. Además Antonia y Ramón se llevan fatal con el gerente, que a menudo ordena que el pase comience casi inmediatamente una vez abiertas las puertas, sin dar tiempo pues a que el público consuma el pertinente refrigerio.

Ha llegado el momento de echar el cierre.

Desde que Ramón comenzara a trabajar allí, como un mozalbete orgulloso de estrenar uniforme, ha pasado casi una vida. Cincuenta años prácticamente ininterrumpidos. Todavía algunos clientes veteranos del cine le hacen ver que le recuerdan de cuando ellos mismos acudían en pantalones y de la mano de sus padres. Aunque la ligazón de Antonia es menor, los dos van a sentir una punzada de melancolía al abandonar la larga barra del bar y el chiscón donde han pasado las tardes de los últimos años entre sesión y sesión.

Pero era mucho el aburrimiento de los últimos tiempos, y lo aceptan como algo inevitable. Entre ellos y los hijos se reparten las sillas, las vitrinas y otros objetos que ya son casi dignos de la tienda de un anticuario. Por suerte, y como diría aquel, todo queda atado y bien atado. Disfrutarán de una jubilación digna.

Y tienen salud y ganas de disfrutar de la vida, ahora sin ataduras.

Regresan a casa. Y ya casi la tienen para ellos solos. También Félix ha soltado amarras. Continuando la tradición familiar, ha ido a establecerse junto a su compañera Raquel, en una calle muy cercana a Bravo Murillo. Su marcha es paulatina y será por ello la menos traumática: sigue yendo a comer a casa casi todos los días y ayuda en las faenas domésticas.

Quedarse solos no es en absoluto traumático. Lo aceptan como algo natural. Ley de vida. Pero además pronto van a contar con un nuevo visitante asiduo, que trae consigo nuevas responsabilidades.

Laura, la última nieta, la hija de Asun y de Luis, que viven a menos de un kilómetro de ellos (lo que no ha sido en absoluto casual) ha comenzado a ir al colegio. Sus padres trabajan, y los abuelos van a ser los encargados de irla a buscar a mediodía, darle de comer y devolverla para el resto de la jornada lectiva.

Ramón es quien va a recogerla. Laura es una niña encantadora, obediente y tranquila, pero también chispeante como cualquier enano de esa edad. Eso sí, su carácter tiene poco que ver con el que recuerdan de su madre a la misma edad. Es menos expansiva y más bien reservada, muy dada a responder con monosílabos, aunque se suelta a medida que le preguntan. Con todo, escuchar las anécdotas de su incipiente vida escolar y su relación con los compañeros resulta muy divertido. Cada día, antes de regresar al centro, Antonia la hace la coleta y la rocía con generosas dosis de colonia. Mujeres al fin y al cabo, entre abuela y nieta se consolida una relación estrecha, íntima y muy gratificante para ambas, sólo interferida cuando la primera tiene para comer lentejas, un plato al que la joven se resiste pertinazmente.

Esas dos horas diarias de trato con la nieta –que se amplían cuando a sus padres les surgen otras obligaciones– van a resultar casi una bendición. Con ella van muchas veces a hacer la compra en el hipermercado (a la niña le encanta arrastrar su propio carrito, y siempre cae alguna golosina), y comparten muchas tardes de naturaleza en El Pardo, donde en primavera y verano se han acostumbrado a ir casi a diario. La nueva responsabilidad les mantiene parcialmente ocupados, les hace sentirse útiles, y como tantos

abuelos de este tiempo van a tener ocasión de volver a experimentar la conexión con el mundo infantil.

También hay malos momentos. Laura padece una enfermedad de los huesos que la hace propensa a las fracturas y las luxaciones y que trae de cabeza a sus padres. No es infrecuente que llamen del colegio para alertar de alguna posible complicación, un golpe, una caída… Es una nena alegre que está sabiendo encajar bien esa complicada circunstancia, pero el riesgo siempre está ahí, y a veces se confirma: hay que escayolar o acudir a clase en silla de ruedas. Los abuelos siempre estarán ahí, ayudando en todo lo necesario.

De aquellos años atendiendo a la más pequeña de la familia, y dándole de comer antes de devolverla a la escuela, Antonia y Ramón adquirirán un hábito que nunca han abandonado: el de almorzar a muy temprana hora.

En ese tiempo, Antonia y Ramón tienen ya cuatro nietos, pero todas hembras. Aída vino al mundo en 1987, e Irene se sumó dos años más tarde. La racha femenina la romperá el menor de los hijos y su compañera, Raquel. Con el cambio de milenio nace su único hijo, Félix, madrileño pero criado en tierras gaditanas.

Partos… y partidas. El tiempo no pasa en balde, y algunos seres queridos nos dejan. Antonia ha perdido a la mitad de sus hermanos: Rosario, Julián, Ventura, Paco… A pesar de lo unidos que estuvieron en la niñez, se niega a acudir al entierro de este último. No puede superar el regusto amargo por lo poco que se ha preocupado por ella desde hace ya demasiado. Tiempo antes de su fallecimiento, estando enfermo, le ha ido a visitar al hospital Clínico y le ha sentado muy mal que sea él quien le reproche desatención.

En el mismo año en que nace el último nieto fallece, a los 79 años de edad, el hermano mayor de Ramón, Manolo, con quien le

unen tantos y tantos buenos recuerdos. Una larga vida en la que ha habido de todo: progreso y bienestar material, y luego decadencia. ¡Cuántas tardes en su coqueta casa de Manoteras, en los años sesenta y setenta, con sus hijos, Charo, Vicky y el pequeño Carlos, prácticamente sus sobrinos predilectos, jugando alegremente con sus propios hijos!

Y en 2009 Ramón se convierte en el único representante vivo de la familia que formaron tantos años atrás sus padres. Muere Marina, después de un cúmulo de achaques. Ya no tendrán ocasión de seguir enfadándose y luego reconciliándose todo seguido. Lo que son las cosas: después de tantos años en que Manolo y Marina conservaron la relación fraternal, al final la hermana conminaba a Ramón a que no se le ocurriera repartir su herencia con aquel.

LA VIDA QUE NOS QUEDA

En junio de 2006 Antonia y Ramón celebraron su medio siglo como matrimonio. Quisieron hacerlo con todos los allegados. Fue una multitudinaria y emotiva fiesta en la que todos lo pasaron bien y a la que siguió la pertinente "luna de miel": un fantástico viaje por los fiordos noruegos.

Superados en ambos casos las ocho décadas de vida, Ramón y Antonia pueden felicitarse de presentar una salud más que razonable para su veteranía. Seguramente no resulta ajeno a esta circunstancia el régimen alimenticio que han practicado y que les ha convertido en clientes predilectos de las fruterías del barrio.

El paterfamilias sigue manteniendo ese legendario apetito que quedó reseñado al hablar de sus años de infancia y mocedad. Cada día desayuna una pera, cuatro dátiles, un plátano y un zumo de zanahoria. Más entrada la mañana vuelve al ataque con un café con leche, una tostada con aceite y ajo, o de no haber pan, unas diez galletas.

Antonia no tiene ya el tipo que provocaba piropos callejeros y encandiló a su futuro marido, pero, alta y todavía bien derecha, se conserva excelentemente para su edad. Seguramente tiene algo que ver la media hora de bici estática que practica cada mañana.

Desde que se jubilaron, y sin perjuicio de otras y variadas actividades, Antonia dedica los mejores momentos de cada jornada a la lectura. Ella, que se crió en una casa sin libros, se ha convertido en una lectora voraz, insaciable. Según confiesa, este benigno

vicio le ha hecho “ver la luz”. Las lecturas, las tramas de las novelas que consume una tras otra, la transportan, la elevan, la hacen vivir otras vidas.

Ramón es también un lector de cumplimiento diario, aunque monotemático y nada dado a la ficción sino al realismo más puro y duro. Cada día compra el “ABC”, y el momento de su lectura matutina constituye, también en sus propias palabras, uno de los momentos más deliciosos de la jornada. Previamente, haga frío o calor, acostumbra a salir a la calle y caminar, realizando de paso los encargos domésticos que haya que cumplimentar. No puede pasarse sin esa cotidiana travesía, pero secretamente siempre está deseando volver y ponerse las zapatillas. En casa se siente de maravilla.

Las plantas que cultiva en la terraza son otra de sus pasiones más conocidas. Ha aprendido a tratarlas para que le correspondan con las mejores flores y frutos, y en algunos momentos la exuberancia vegetal de esa parte de la vivienda ha sido propia de una jungla amazónica en la que hubiera que abrirse paso a machetazos. Cuando se marchan de vacaciones y les toca regar a Asun y a Luis, casi se echan a temblar.

La familia que fundaron en 1956 se ha extendido y ramificado como las plantas de la terraza, si se nos permite la exageración. Dos de los hijos dejaron Madrid y están sólidamente establecidos a bastantes kilómetros de distancia. En el País Vasco. En Andalucía. Uno de ellos degusta ya las mieles de una temprana y óptima prejubilación.

Mayor ha sido el despliegue terráqueo de los cinco nietos, que cubre tres continentes, con Teresa en Argentina, Irene en Australia, Aída en Barcelona, el benjamín Félix en Cádiz y Laura en Madrid… Ancho es el mundo.

A día de hoy, uno de los sueños raramente expresados de nuestros dos protagonistas sería precisamente ampliar la saga con un bisnieto. Pero no se hacen ilusiones. Ninguna de las nietas parece muy dispuesta a la empresa, y comprenden que en el mundo tan competitivo y difícil para los jóvenes que atravesamos, existen otras prioridades.

También albergan otro sueño igualmente complicado de realización: embarcarse todos juntos, ellos, hijos y nietos, en un crucero. Y que todos se lleven bien.

(Y más a nivel doméstico: viajar a Londres).

Están satisfechos de lo que les ha dado la vida: organizan sus existencias sin cortapisas de importancia, y cada año hacen un viaje o dos. Y lo que consideran más importante: ninguno de sus hijos pasa calamidades ni necesita, como le está pasando a otros abuelos, de su ayuda.

¿Sueños incumplidos, frustraciones que ya no podrán superar? Por fortuna, este capítulo es muy poco pródigo. Antonia confiesa que le hubiera gustado, cuando era esposa y madre de cuatro hijos, que su marido hubiera trabajado menos y pudiera haber compartido más tiempo en el hogar y en la crianza de los pequeños. Llegó a sentirse bastante sola, y a menudo desbordada. También le hubiera gustado tener más carácter, ser menos sumisa y más decidida, plantarle cara a mucha gente. Afirma estarlo consiguiendo ahora. Más vale tarde.

Ramón se declara feliz. Le valen las cartas que le fue sirviendo la vida. Estima que no fueron malas. Siempre ha procurado mirar hacia adelante. Las dificultades del pasado son eso: pasado.

La vida seguirá trayendo afanes, novedades, momentos mejores y menos buenos. Tienen salud. Tienen hijos, nueras, yerno y un buen ramillete de nietos.

Pero sobre todo se tienen el uno al otro. Se quieren como el primer día. Y eso es mucho.

Extenso y fructífero lo vivido hasta aquí. Pero esta historia no ha terminado.

Queda vida.

El Libro de su vida es un producto editorial de ámbito reservado y personalizado, destinado a plasmar en textos de alta exigencia literaria, y con imágenes seleccionadas, las biografías de personas que deseen contar con este legado escrito para sí y sus familiares y amigos.

Bajo la dirección del veterano periodista y escritor Luís Minguez Santos, **EL LIBRO DE SU VIDA** trata de dar cumplimento a esta premisa: toda vida encierra un tesoro único e irrepetible, digno de quedar inmortalizado para la posteridad.

eLV
El Libro de su vida